

S.I.P.

**SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE**

EL SECRETO DEL CIRCO ESPACIAL

W. SAMPAS

se

«Lewis había retrocedido y, con los ojos desmesuradamente abiertos, miraba espantado la escena.

Transcurrieron un par de minutos antes de que el hilo empezase de nuevo a enroscarse, convirtiéndose en el cuerpo normal de aquella monstruosa criatura. Entonces, a medida que el ovillo se deshizo, Lam, también impresionado, pudo ver el esqueleto del cerdo, con los huesos limpios y morondos, como si hubiese caído en un tonel de ácido nítrico.

No quedaba más que aquello, el esqueleto».



W. Sampas

El secreto del Circo Espacial

Bolsilibros: S.I.P. (Spacial International Police) - 01

ePub r1.1

xico_weno 07.01.18

Título original: *El secreto del Circo Espacial*
W. Sampas, 1960

Editor digital: xico_weno
Escaneo y maquetación original: Dagoberto49
ePub base r1.2



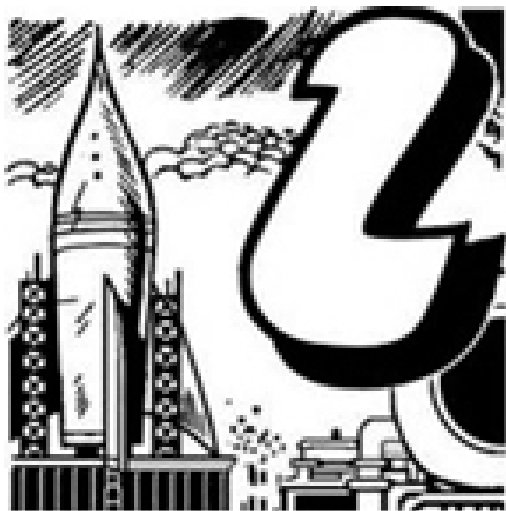
EL SECRETO DEL CIRCO ESPACIAL:



EL SECRETO DEL CIRCO ESPACIAL



CAPÍTULO PRIMERO



A petición del permiso llegó a Luna-Término y fue enviada inmediatamente a Washington.

Donald Callowan, el jefe de la SIP^[1], la recibió dos horas después y tras estudiarla detenidamente, llamó a la central y pidió que le enviaran al joven agente Lam Curtis.

Curtis estaba en el Servicio hacía solamente tres meses. Durante los seis precedentes, estuvo, como todos, en la escuela especial de la SIP, en los alrededores de la capital federal. Tenía la cabeza llena de ideas, aún frescas, y un entusiasmo como el que suele poseerse cuando se acaba de recibir una insignia de la categoría de la que le habían entregado.

Al saberse requerido por el «patrón», Lam, que estaba en la biblioteca, se sintió intranquilo y emocionado al mismo tiempo. No pensaba, ni remotamente, que le llamasen para encargarle de algún servicio, por nimio e intrascendental que fuese.

Había varias docenas de agentes veteranos en la base, con muchos más méritos que él que, según el lenguaje expresivo de sus compañeros, «acababa de salir del cascarón».

No podía ser más que una bronca lo que le esperaba en el despacho del primer personaje de la SIP. Y con esa idea, temblando por anticipado, Lam tomó el ascensor que, en pocos segundos, le dejó ante la puerta del despacho de Callowan.

Llamó tímidamente.

—¡Adelante!

Era la primera vez que entraba allí y la segunda que veía a Donald, profundamente impresionado y sin atreverse a dar un paso más, cerró la puerta y se quedó allí, pegado a ella.

Donald, que consultaba unas notas, no se fijó en él hasta unos minutos más tarde; entonces, al hacerlo, sonrió.

—Pasa y siéntate, muchacho... Ahí mismo.

Curtis obedeció, sentándose tímidamente en el borde del sillón que el otro le había señalado.

Luego esperó.

El jefe le miraba detenidamente, pero la sonrisa que flotaba en sus labios descartaba todo asomo de insistencia.

Lam no se atrevía a mirar de frente y tenía los ojos bajos.

—Voy a encargarte un trabajo, Curtis —dijo de repente el otro.

El joven levantó la vista, abriendo desmesuradamente los ojos. Casi no daba crédito a lo que estaba oyendo.

La expresión de su rostro le extrañó a Callowan, que, frunciendo el entrecejo, inquirió:

—¿Es que no quieres hacer un trabajo todavía?

—¡Oh, sí! —se apresuró a contestar Lam.

—¿Entonces?

Curtis comprendió que el jefe deseaba que le explicase el motivo de aquella expresión suya.

—Es que yo no soy más que un novato, señor.

Callowan comprendió.

—Y temes no saber desenvolverte, ¿verdad?

—Eso es.

La sonrisa volvió a iluminar el rostro de Donald.

—Es un trabajo muy sencillo...

Y después de una corta pausa preguntó:

—¿Has oído hablar del Circo Espacial?

—No.

—No es extraño. Acaba de fundarse, en Marte. Es una asociación curiosa y que ha costado muchísimos esfuerzos. Acaban de pedir permiso, desde Luna-Término, para instalarse aquí, en los Estados Unidos. Están dispuestos a pagar lo que cueste desmontar Luna Park, en Nueva York, para montar el circo en aquel lugar.

—¡Deben de tener mucho dinero!

—No lo sé; pero, indudablemente, piensan hacer un buen negocio. Las atracciones que traen son únicas: han recogido un poco de la fauna de cada uno de los planetas del Sistema.

—¿Animales?

—Algo así, ya que no hay criaturas como nosotros en ninguno de ellos. Aunque tampoco son animales como los que nosotros conocemos; bichos raros los llamaría yo.

Más seguro de sí mismo, Lam sonrió.

—¿Y cuál será mi misión, señor?

—Pasarte una temporada entre ellos. No creo que ocurra nada, pero tenemos la obligación de vigilar.

—Comprendo.

—El director, que se llama Martin Kleber es, como todos los que van con él, un hombre extraño, aunque no hay que maravillarse de ello. Han pasado diez años viajando de un planeta a otro, pasando calamidades y exponiéndose a peligros sin cuento. Le acompaña su hija Sonia, que debe ser una especie de fierecilla, Fred Cunnigan, el domador de esas bestias y Tom Ferguson, el hombre que las cazó. El resto del personal ha sido contratado después y procede de cinco países diferentes.

—¡Bonita amalgama!

—Como en todos los circos. Hay que poseer una manera de ser muy especial para decidirse a llevar una vida circense.

Encendió un cigarrillo. Luego dijo:

—Tu trabajo consistirá sencillamente en vigilar. No irás al circo, es natural, con tu verdadera identidad. Haremos que te contraten de cualquier cosa. Esa gente necesita siempre hombres para mantener el complicado aparato de su espectáculo.

—Bien.

—La policía de Nueva York, por otra parte, se ocupará de la

vigilancia general, sobre todo de que ninguna de esas fieras pueda escaparse, aunque el director ha dado toda clase de seguridades, afirmando que todas ellas están perfectamente domadas y adiestradas.

—¿Cree usted que son peligrosas?

—Lo ignoro en absoluto.

Rebuscó entre los papeles y cogiendo uno de ellos dijo:

—Aquí hay una lista de las atracciones espaciales. Hay ocho, una por cada planeta, descontando naturalmente el nuestro. Veamos... un humanoide pirógeno de Mercurio, una ventosa gigante de Venus, un tal Októn de Marte, una babosa filante de Júpiter, cuyo peso, dice aquí, es de cinco toneladas...

—¡Vaya bicharraco!

—Sí, no debe ser de fácil manejo. Sigamos: un metamórfico caracterizador de Saturno...

—¿Qué diablos será eso?

—No sé. Puede que se trate, simplemente, de nombres propagandísticos. Veamos... un simio telepático, de Urano, un tal Trak de Neptuno y un «Glazón» de Plutón... ¡Que me ahorquen si entiendo algo!

—Yo tampoco.

—Como ves, traen cosas que pueden ser interesantes para el público; pero que, al mismo tiempo, pueden ser peligrosas. Por eso quiero que vigiles estrechamente y me hagas, en cuanto puedas, un informe completo de todo ello. Estamos de acuerdo en dejar que la gente se divierta con nuevos espectáculos, pero nos debemos a la seguridad de la nación y hemos de hacer lo imposible porque se mantenga incólume.

—Sí, señor.

—El Circo Espacial llegará a la Tierra dentro de dos semanas. Antes, sin embargo, vendrá algún representante para solucionar el asunto de Luna Park y el de contratar a los hombres que necesiten. En Nueva York se ha formado una oficina de colocación para estos menesteres. Su jefe ya está advertido de tu llegada y de su obligación de darte un puesto en el espectáculo.

—De acuerdo.

—Saldrás para Nueva York mañana por la mañana, con una documentación completa a nombre de John Caster. Irás a la oficina

de colocación, les darás tu dirección, puedes alojarte en cualquier hotel de las cercanías de Luna Park, por el momento, y esperarás la llegada de la persona que ha de encargarse de emplearos. ¿Entendido?

—Si, pero... ¿Cómo podré comunicarme con usted, señor?

—Eso es muy sencillo. Habrá un pastor que irá, muy a menudo, al circo. Llevará una Biblia en la mano. Cuando se acerque a ti, sabrás que es uno de los nuestros. Puedes confiarle lo que desees, con plena confianza.

—Comprendo.

—Incluso le darás a él los informes que vayas haciendo. No creo que ocurra nada de particular; pero, de todos modos, abre bien los ojos. Es tu primera misión y cumplirla bastará para que te dé otras más importantes en un próximo futuro.

—Cumpliré, señor.

—Eso espero.

Donald se puso en pie, estrechando la mano de su colaborador que, con el corazón rebosante de alegría, abandonó el despacho, dispuesto a hacer lo que fuese y deseando, en su interior, que hubiese alguna dificultad, por pequeña que fuese, para probarse.

No sabía Curtis en qué clase de horrible avispero iba a meterse.

* * *

Luna Park fue completamente desmontado en menos de una semana.

Muchos días, mientras esperaban que le llamasen de la oficina de colocación, Lam se acercó a aquellos lugares, contemplando con curiosidad el movimiento de las grúas, el hormiguero de hombres y máquinas que trabajaban allí, junto al mar tanto de día como de noche.

Al octavo día de estar en Nueva York, Lam recibió un aviso de la oficina para que se presentase inmediatamente, cosa que hizo en el acto.

Una veintena de individuos estaban congregados en el vestíbulo, de la sociedad. Lorent, el gerente, iba de uno a otro, tomando nombres y repasando el montón de fichas que tenía en la mano. Hizo lo mismo con Lam y cuando estaba terminando, se abrió la puerta del despacho, apareciendo una joven hacia la que fueron,

como por ensalmo, todas las miradas.

Era alta, de largos cabellos negros y piel curtida por el aire y el sol. Sus ojos, del mismo color que sus cabellos, brillaban con intensidad, demostrando la fuerza de la voluntad que yacía en ellos. Su esbeltez se enmarcaba perfectamente en el traje sastre que llevaba.

—Les presento a la señorita Sonia Kleber, la hija del director del Circo Espacial. Ella elegirá, entre ustedes, a los que necesita para su espectáculo.

A Lam, que admiró como todos la belleza de la muchacha, le extrañó la seriedad de su rostro y hasta un poco de superioridad en la mirada, como si despreciase olímpicamente a los hombres que tenía delante.

El joven, se mordió los labios.

Era verdad que le hacía el efecto de ser como uno de aquellos esclavos, expuestos a la venta en cualquier mercado de la antigüedad. Se sintió molesto y miró a la joven, fijamente, dispuesto a demostrarle de que con él no podía influir su gesto altanero.

—No necesito más que seis hombres —dijo ella, con una voz bien timbrada—. Todos ellos estarán encargados de dar la comida a nuestros animales... cosa muy sencilla y que el propio domador, señor Cunnigan, les enseñará. Nuestros empleados han de hacer cosas más importantes.

Había dureza en sus palabras y Lam, a pesar de todo, no pudo por menos de ruborizarse discretamente.

¿Qué se había creído aquella presuntuosa?

¡Si hubiese sabido quién era él!

La idea de su verdadera identidad hizo disminuir su cólera ante la postura claramente ofensiva de la muchacha, pero no dejó de mirarla a los ojos, sin demostrar ninguna clase de temor, casi descaradamente.

Ella había elegido ya a tres cuando se fijó en él.

Sus miradas chocaron con fuerza, pero la muchacha, como esperaba él, no bajó los ojos y un asomo de sonrisa burlona entreabrió ligerísimamente sus hermosos labios.

—Usted —dijo señalando al joven.

Eligió después a los dos que faltaban, rogando al gerente que hiciese salir a los demás.

Cuando estuvo hecho, Sonia se volvió a Lam.

—¿Cómo se llama?

—John Caster, señorita.

—Bien. Usted, además de hacer lo que sus compañeros, limpiará mi carro todas las mañanas.

¡La bruja!

Quería humillarle, ofenderle, hacerle pagar aquella manera de mirarla que el joven había adoptado desde que notó su soberbia.

Tentado estuvo de enviarla a paseo, pero la misión que Donald le había encomendado selló sus labios, con los que, de una manera apenas audible, que prestó un falso tono de sumisión a sus palabras, dijo:

—Está bien, señorita...

—Mañana por la mañana, a las siete, se presentaran a mí, en el Circo, que ya estará instalado. Naturalmente, si alguno de ustedes necesita un anticipo, puede pedirlo ahora, ya que están definitivamente contratados.

—¿Cuál será el sueldo? —inquirió uno de ellos, de raza negra, con una sonrisa maliciosa.

Intervino el gerente, celoso de conservar su tanto por ciento:

—Veinte a la semana.

—Alimentados y vestidos, ¿verdad? —volvió a preguntar el moreno.

—Sí —repuso la muchacha.

Los miró, como si se tratasen de bestias de carga; luego, con una luz irónica en los ojos, dijo:

—Espero que todo estará entendido. Ustedes serán tratados de tú por los miembros directores del circo, a los que tratarán de señor... o señorita. Toda clase de familiaridades estará completamente prohibida. El Circo funciona gracias a una disciplina severa y no toleraremos ninguna infracción a la misma. Adiós.

Y salió, después de saludar únicamente al gerente.

* * *

Aquella noche Lam fue a ver la llegada de las astronaves al espaciódromo general de la ciudad. Durante las dos horas que duró el aterrizaje de aquella impresionante caravana de espacio-vehículos, pudo darse cuenta de la colosal importancia del circo.

Pero, a pesar de todo, cada vez que pensaba en Sonia se ponía furioso.

No importaba que fuese la hija de un personaje como el director, que debía ser inmensamente rico, a juzgar por todo lo que poseía. Aquello no justificaba a los ojos del joven la presuntuosa actitud, de la muchacha que, mostrándose más natural, hubiera aumentado sus encantos...

¿Aumentarlos?

Sonrió.

Seguía siendo endiabladamente hermosa y él tuvo que confesarse que no había visto una muchacha como aquélla.

Los viajes interplanetarios debían haberle dado aquella prestancia, aquella aristocracia extraña que emanaba de su personalidad. Miraba, se quisiera o no, como una reina que llegase de un mundo completamente desconocido para los demás mortales, un imperio legendario, perdido en lo hondo del espacio, donde millones de criaturas imposibles la adorasen como a una diosa.

Quizá, por aquello, ella se había sobrevalorado, manteniéndose en aquella actitud, inhumana frente a los demás, considerando a los hombres que empleaba como seres mecánicos, robots que no mereciesen la menor dosis de sentimiento.

No se le escapaba lo que habría de sufrir mientras ella le hiciese objeto de sus chanzas, blanco de sus insinuaciones burlonas; pero, reflexionando mejor, llegó a conclusión de que no debía comportarse como un novato, aunque seguía siéndolo, por desgracia, sino limitarse a cumplir su misión, ya que Sonia Kleber no iba a ser más que un fugaz episodio de su vida de agente de la SIP, única cosa que debía importarle.

CAPÍTULO II



la mañana siguiente. Lam se sorprendió, al ver la cantidad de vehículos, todos ellos de aluminio, que formaban una especie de ciudad en los extremos de Luna Park, completamente desconocido.

En el centro, cientos de hombres trabajaban en el montaje de la monumental cúpula de aluminio que iba a formar el cuerpo del circo y bajo la cual se darían las representaciones.

No se veía ni una sola lona. Aquel material se había despreciado ya hacía mucho tiempo y costaba menos ahora montar un edificio en aluminio, utilizando una aleación más fuerte para las vigas maestras y los asientos.

Pasillos, salones, bares, escaleras... la construcción iba tomando forma, brillando bajo el sol, primaveral como si fuese de plata.

Después de preguntar a un empleado, Lam consiguió encontrar el camino, entre el dédalo de vehículos, hasta detenerse junto a uno que, pintado de azul, destacaba de los demás.

Era un coche alargado, moderno, sobre ruedas múltiples y dotado de una primorosa escalerilla que conducía a la puerta. El joven ascendió por ella, pulsando el timbre de la entrada.

Tardaron en abrir y cuando lo hicieron, una mujer negra, joven, apareció en el umbral.

—¿Qué desea?

—¿La señorita Kleber?

—¿De parte de quién?

—Me dijo que me presentase esta mañana a las siete. Me llamo Caster, John Caster.

—Haga el favor de pasar un momento.

Lam lo hizo, teniendo que reprimir su asombro, ya que se encontró en un saloncito, de un lujo extremado y dotado de todo lo que podía pedirse. El ambiente estaba climatizado y un perfume suave flotaba en el aire.

—Siéntese. Voy a avisar a la amita.

Curtis miró los costosos cuadros que pendían de las paredes y comprobó por los autores el gusto exquisito de la muchacha. Había, en un rincón, un monumental aparato de televisión y la pared opuesta estaba llena de libros, que ocupaban los estantes hasta el techo.

¿Qué clase de mujer era aquélla?

Lam había esperado ver uno de los clásicos carromatos circenses, repletos de objetos heteróclitos, pero denotando esa desidia que los pobladores de la farándula suelen demostrar en todos sus detalles.

Aquí, el orden reinaba y se hubiese dicho que uno se encontraba en el tocador de la más elegante mujer de los Estados Unidos.

Fue entonces cuando Sonia apareció.

Iba vestida con una bata dorada, de seda, que, le llegaba hasta los pies. Sus endrinos y hermosos cabellos estaban recogidos, en una «cola de caballo» larguísima, que una cinta dorada cerraba en la nuca.

Lam se levantó.

—Buenos días, señorita.

Pero, si esperaba que ella le sonriese, perdió lamentablemente el tiempo. El gesto de la muchacha era adusto.

—Me gusta que mis empleados sean puntuales...

Frunciendo el entrecejo, Curtis lanzó una mirada al reloj.

—Son las siete menos tres, señorita...

—No. Debes saber que nosotros nos regimos por la hora universal. Diez minutos más que la normal. Son ahora las siete y siete.

—Usted no dijo nada ayer de la hora universal...

—¿Es que hay que explicarlo todo en este planeta? Hace quince años que falto de él y puedo decir que no siento ningún orgullo de haber nacido en la Tierra. La gente no tiene idea del deber y hace lo que le viene en gana...

Lam se mordió los labios; después dijo:

—Voy a cambiar mi hora. Así no me retrasaré más.

—Eso espero. Aunque, a partir de hoy, vivirás, con los otros empleados, en un viejo carromato que se os ha designado expresamente.

—¿Cuál es mi trabajo ahora?

—¿Ya se te ha olvidado? Ayudarás a Minie a arreglar mi carromato. En cuanto termines, vas a la zona de las atracciones. Allí estaré yo.

—Bien.

—Minie y tú empezareis por el salón. Yo voy a vestirme.

Y salió, digna como una reina.

La negra llegó casi en seguida y Lam tuvo que aprender a manejar el aspirador, limpiar el suelo, las paredes y el techo mientras Minie lo hacía con los objetos de la estancia.

¡Si le vieses sus compañeros de la SIP!

Se ruborizó al pensarlo, imaginando, con odio, todo lo que dirían al verle convertido en una «criada para todo». Desde luego, parecía como si ella, Sonia, conociese su identidad y quisiera hacerle pasar los peores momentos de su vida.

Sonia Kleber abandonó el carromato, vestida de calle, poco después, sin dignarse echar una mirada al joven. La limpieza continuó durante más de dos horas y Lam pudo conocer todo aquel maravilloso vehículo, que poseía lo más ansiado para cualquier mortal: una sala de baños principesca, con la bañera-piscina a ras del suelo, saloncitos, un comedor envidiable y una alcoba prácticamente regia.

En aquel ambiente, no era extraño que Sonia se creyese algo

especial, superior en todos los órdenes a las más hermosas, poseía la experiencia de los viajes interplanetarios, de las fabulosas cacerías en mundos ignotos, de aventuras que casi nadie había logrado soñar.

Lam, por mucho que se lo propusiese, no podía odiarla como lo hubiera deseado. Había algo que le atraía hacia ella, como cuando estamos en presencia de un ser misterioso, dotado de una belleza que nos impresiona.

Cuando terminó la limpieza del carromato, se despidió de Minie, a la que había intentado vanamente hacer hablar sobre su dueña. Se dirigió hacia la zona de las atracciones, especie de fantástico parque zoológico, si es que aquella palabra podía utilizarse para designar las extrañas criaturas que aquel recinto debía de contener.

Encontró a sus compañeros de trabajo, los que ella había elegido el día anterior, en una especie de patio, bajo las estructuras de aluminio, junto a un hombre alto, de anchas espaldas y rostro de buitre.

También estaba Sonia.

—Éste es John Caster —dijo la muchacha, designándole.

El hombre le miró de arriba abajo.

Dijo:

—Me llamo Ferguson y soy el cazador de lo que hay en el circo.

—Muy bien, señor Ferguson.

—Ya he explicado un poco a tus compañeros en qué va a consistir vuestro trabajo. No es nada del otro mundo. Excepto Elena, la ventosa gigante de Venus, Thula, la babosa joviana, y Trak, el de Neptuno, que son carnívoros, el resto se alimentan de vegetales. Hay una nueva excepción: Focos, de Mercurio, que se nutre exclusivamente de fósforo y carbono. Pero de ése me encargo yo personalmente.

Hubo un silencio.

Y de repente Lewis, el negro del equipo, mirando a Lam inquirió, con los ojos desorbitados:

—¿Sabes una cosa, muchacho?

—¿Qué?

—Esas bestias se alimentan de carne... ¡viva!

Sonia miró al negro, con un infinito desprecio.

—¿Por qué has dicho eso? ¿Crees que vas a dar miedo a los

demás? ¿Es acaso extraordinario que haya animales que comen carne viva?

Se volvió hacia Lam y con tono sardónico dijo:

—Aunque es posible que John no pueda resistirlo y quiera presentar su dimisión.

—Yo resistiré lo que sea.

—¿Se da usted cuenta, Ferguson? Después de todo, hemos tenido bastante suerte al elegir a estos tipos. En cuanto al negro, ha firmado su contrato y tendrá que cumplirlo. A no ser que esté dispuesto a indemnizarnos, en cuyo caso le dejaremos ir.

—Yo no tengo dinero —balbució el moreno.

—¡Entonces silencio! —rugió el cazador.

Y después de una corta pausa dijo:

—Vamos a visitar a las atracciones. Tú —y señaló a Lam—, que pareces más decidido, te encargarás de los carnívoros. Venid.

Le siguieron.

A poco de andar, desembocaron en un amplio pasillo, una de cuyas paredes contenía lo que podían llamarse «jaulas» y que, en realidad, eran tremendos vagones, con un muro transparente, cubierto de cristal, que daba al pasillo.

Se detuvieron ante el primero.

—Éste es Focus.

Era una especie de hombrecillo, un humanoide de pelo rojizo. Por la parte interior de la jaula, Lam vio un tapizado extraño.

—¿Qué es eso? —inquirió.

—Amianto —repuso el cazador—. Sin esa protección, Focus destruiría su carromato en pocos segundos.

La segunda jaula, quizá la más grande, contenía un ser viscoso, de piel grisácea, una especie de montaña de carne con una corona tentacular, muy corta, en la parte superior.

—Ésta es Elena —explicó Tom Ferguson—, la ventosa venusiana. Uno de tus clientes, John.

Lam asintió sin decir nada.

Luego se detuvieron ante una especie de camaleón, con muchísimas patas, del tamaño de un perro.

—Októn, el visón marciano.

La jaula siguiente les ofreció un ser alargado, que correspondía perfectamente a la idea de una «babosa», pero de un tamaño

gigantesco, ya que su volumen era, aproximadamente, el de un caballo.

—Otro que tendrás que alimentar, Caster. Es Thula, la babosa filante de Júpiter.

El departamento siguiente les mostró una esfera, inmóvil, como si fuese de metal. A no ser por el movimiento rítmico de la respiración, que la dilataba acompasadamente, lo hubiesen tomado por un objeto inanimado.

—Es Milcaras, de Saturno —dijo Ferguson.

«Duende», de Urano, que ocupaba la jaula siguiente, era lo más parecido a un pequeño chimpancé. En aquellos momentos parecía dormir y no se detuvieron allí más que unos segundos.

—Trak, de Neptuno —dijo después el cazador—. Nuestro atleta del circo.

¿Atleta aquello?

Un humanoide alargado, delgado, esquelético, con un solo ojo y una boca minúscula.

—También come carne, John.

El último, «Glazón», de Plutón, era otro humanoide, blanco como el papel, inmóvil como una estatua.

Una vez visitadas todas las atracciones, el negro se había mantenido a una cierta distancia, el cazador y la muchacha se detuvieron.

—Vosotros cuatro —dijo Tom, dirigiéndose a todos menos Lam y el negro— podéis ir a la Intendencia. Allí os darán las cajas de comida y las cantidades que hay que dar a cada ser vegetariano. Ya habéis visto que hay una escalerilla metálica junto a cada departamento. Subir por ellas, colocad la comida en esa plataforma que hay arriba y oprimid el botón rojo. Todo funcionará mecánicamente. ¿Entendido?

Y ante un gesto afirmativo ordenó:

—¡En marcha, pues!

Luego se dirigió al negro y a Lam.

—Vosotros dos os encargaréis de los carnívoros. Hay una doble puerta, con un compartimiento estanco, que da a cada jaula de estos seres. Su alimento preferido son los cerdos, los perros, los asnos y los gatos. Os darán, en intendencia, una jaula con estos animales, que iréis repartiendo entre vuestros clientes.

A Curtis no le hacía ninguna gracia aquello de «clientes».

—Está bien, señor —dijo.

Y seguido del negro, cuyos dientes castañeteaban, se dirigió hacia la Intendencia.

—Oye...

Se volvió.

La piel del negro era de color ceniciento.

—¿Qué quieres?

—Tengo mucho miedo, John.

—No debes tenerlo. No nos ocurrirá nada.

—Yo me apunté a esto porque el sueldo era bueno..., pero no creí que debería estar tan cerca de estas horribles bestias.

—Las jaulas son segurísimas.

—¿Tú lo crees?

—Sí. Además esos seres no deben de poder respirar nuestra atmósfera. Si se escapasen, se morirían.

—¡Pero antes nos comerían a nosotros!

—No exageres, Lewis. Y tranquilízate. Vamos.

El negro le siguió, prudentemente, a cierta distancia. Una vez en la Intendencia y cuando dijeron a qué iban, les dieron unas vagonetas sobre las que había jaulas, con perros, gatos y tres cerdos.

—Los cerdos son para Thula —les dijo el empleado.

El manejo de las vagonetas era sencillo, ya que iban autopropulsadas y no tardaron en llevarlas, enganchadas como un pequeño tren, ante las jaulas.

—¿Por cuál empezamos, Lewis?

—Po... po... por la que que que quieras... Car... Car... Car... ter. Lam sonrió.

—Vamos a dar de comer a la que me parece más voraz: Thula.

Desprendió las jaulas con los tres cerdos, llevándolas, ayudado por el negro, hacia la puerta del compartimiento. La babosa, en el interior, parecía seguir completamente dormida.

—Abre la primera, amigo.

El negro obedeció, luchando, tanto le temblaban las manos, con la cerradura. Lam había colocado la jaula del puerco junto a la puerta del compartimiento estanco y abrió ésta, dejando que el animal, con un par de gruñidos, penetrase en el interior; después, siguiendo las instrucciones escritas que allí había, oprimió el botón

rojo, haciendo que la puerta interior se abriese y que el cerdo penetrase directamente junto a la babosa.

Ésta se movió un poco.

Volviendo una parte hacia el cerdo, pareció mostrar lo que para Lam sería la cabeza, aunque no había diferencia alguna entre los dos extremos de aquel ser. Luego, de repente, aquella «cabeza», que quedó reducida al tamaño de una pelota de golf, se separó del cuerpo, manteniéndose unida a él por una especie de hilo larguísimo, que fue en lo que acabó convirtiéndose toda la babosa.

Parecía como si estuviese formada por una madeja que se deshiciese rápidamente. El hilo, cada vez más largo y más fino, envolvió al cerdo que, a pesar de cuanto hizo por desasirse del lazo, no logró más que enredarse paulatinamente, hasta que desapareció de la vista de Lam, envuelto en aquella sustancia viscosa.

El sonido del castaño de los dientes del negro era lo único que rompía el silencio del pasillo.

Lewis había retrocedido y, con los ojos desmesuradamente abiertos, miraba espantado la escena.

Transcurrieron un par de minutos antes de que el hilo empezase de nuevo a enroscarse, convirtiéndose en el cuerpo normal de aquella monstruosa criatura. Entonces, a medida que el ovillo se deshizo, Lam, también impresionado, pudo ver el esqueleto del cerdo, con los huesos limpios y morondos, como si hubiese caído en un tonel de ácido nítrico.

No quedaba más que aquello, el esqueleto.

Y la macabra aparición lo era aún más porque, mantenida por un misterioso equilibrio, quedó en pie, como esas piezas de museo.

—¡Es horrible!

Sí, lo era, sin duda alguna. Y el negro, pálido como el papel, se alejó de allí, tambaleándose.

—¡No puedo! ¡No puedo! —murmuraba, sosteniéndose en la pared opuesta del pasillo.

Dominándose, Lam hizo que los otros dos cerdos penetrasen en la jaula. Pero esta vez tenía bastante y no miró a la babosa, dirigiéndose, con las vagonetas, hacia el departamento de Elena.

La monumental ventosa venusiana debía pesar lo que Callowan le había dicho: cerca de cinco toneladas.

Le sirvió la comida, perros y gatos, viendo que se limitaba a

aplicar sobre ellos su cabeza ventosada, reduciéndolos, en un instante, a una pulpa rojiza que succionaba en un santiamén.

Trak, el humanoide alargado, comía como los seres primitivos, desgarrando la yugular a sus víctimas y devorándolos como cualquier hombre o animal de las selvas.

Cuando terminó, Lam llamó a Lewis.

—¡Ven! Ya se ha acabado.

Y comprendiendo el terror supersticioso de aquel pobre hombre le dijo:

—Tú darás de comer a Elena y Trak. Lo hacen bastante normalmente y así no tendrás tanto miedo. Yo me ocuparé de Thula. ¿Conforme?

—Gracias, amigo...; ¡no puedo soportar la vista de esa bestia!

—Sí, es repugnante. Pero yo lo haré sin mirar. Con una vez me ha bastado.

Montaron en las carretillas, llevando el pequeño tren a la Intendencia. Una vez solos y caminando hacia su carromato, Lewis, con voz emocionada, exclamó:

—¿Cómo pueden consentir estas cosas, John?

—Es cruel, pero hay muchos espectáculos que lo son. Además la gente no verá lo que nosotros.

—Entonces... ¿qué harán esos seres de pesadilla?

—Lo ignoro; pero, con un poco de suerte, creo que nos dejarán asistir al espectáculo, aunque sea desde un rincón.

Lewis tragó saliva.

—¡Yo no lo veré!

Y bajando la voz dijo:

—Quiero escaparme de aquí, John. Me importan poco los dólares... Tengo mucho miedo..., mucho miedo.

—Domínate, amigo mío. Poco a poco, ya lo verás, te irás acostumbrando.

Habían llegado al vehículo donde debían vivir y penetraban en él cuando el altavoz que había en el interior vibró, antes de decir:

—¡John Caster! ¡John Caster! ¡Preséntese inmediatamente en el vehículo de la señorita Kleber!

—La ha tomado conmigo —dijo Lam, despidiéndose del negro.

Se dirigió hacia el vehículo azul, viendo que Minie, la negra, estaba en la puerta.

—Pase, pase... La señorita Kleber está aquí, en el salón.

En efecto, allí estaba.

Se había puesto un traje blanco, que le sentaba maravillosamente y soltado los cabellos que le caían sobre los hombros. Tenía un libro en la mano y un cigarrillo en la otra.

—¿Se puede? —inquirió Lam.

—Adelante.

Levantó ella la mirada y con una sonrisa apenas perceptible dijo:

—¿Ha terminado ya su trabajo?

—Sí.

—¿Qué tal?

—Bien.

—¿Y Thula?

Curtis se mordió los labios, pero sin poderse contener dijo:

—Un ser repugnante hasta lo inconcebible.

Esperó que ella estallase, colérica, pero se equivocó nuevamente.

—Eres demasiado sensible —le dijo, tuteándole de nuevo—. Thula es uno de nuestros mejores números. Ya verás esta noche el triunfo que obtiene.

—¿Hay función esta noche?

—Sí. De gala... Es la inauguración del circo. ¿No sabes que Thula es, precisamente, el número que presento yo?

—No, no lo sabía.

—Cunnigan, el domador, me hizo el honor de enseñarme a manejarla. ¡Es emocionante!

—¿Y no teme que le ocurra como a los...?

—¿... como a los puercos quieres decir?

—Sí.

—No, no temo nada. He conocido, en el curso de estos años, peligros mayores. ¿Qué sabéis vosotros, hombres que no habéis salido nunca del planeta?

Había tanto desprecio en las palabras de la muchacha que Curtis se sintió herido, mucho más que nunca.

Ella sonrió, sintiendo que le había ofendido.

—Espero que seas tú quien tenga miedo al asistir al espectáculo —dijo.

Y después, sin dejar de mirarle fijamente, dijo:

—Puedes disponer, John. No te necesito para nada.

CAPÍTULO III



ESDE muy temprano, cuando las taquillas se abrieron, una multitud enorme, abigarrada, se agrupó a las entradas del monumental circo. Bajo las cúpulas brillantes de aluminio, la gente hormigueaba y las largas hileras de los que esperaban sus localidades se extendían, como negros y finos tentáculos, bajo la luz cegadora de los focos incrustados en la superestructura.

Donald Callowan había retenido su localidad desde Washington y llegó, poco antes de comenzar el espectáculo, en un coche de la SIP, acompañado de uno de los agentes, Jimmy Stone.

Habían conseguido una platea y cuando penetraron en el inmenso recinto, Jimmy no pudo evitar una exclamación:

—¡No creía que fuese tan enorme! —dijo.

Donald sonrió. Y, asintiendo con un gesto de cabeza comentó:

—Debe de haber costado una fortuna todo esto. Pero, por el precio de las localidades, no saldrán perdiendo.

—Siempre que el espectáculo esté a la altura...

—De eso no puedes dudar. Nadie conoce esa fauna extraña que traen del espacio. Y ya conoces a la gente: todo lo morboso, terrible o excepcional les atrae como un imán.

La pista central estaba dispuesta de forma que nadie dejase de ver el espectáculo en todo momento. Sin columnas, demostrando el milagro de la atrevida arquitectura moderna, la cúpula interna parecía mantenerse suspendida en el aire.

No tardó mucho en llenarse el recinto y poco después una música agradable les demostró que el espectáculo iba a empezar.

Cuatro focos multicolores rasgaron la oscuridad, que se había hecho de súbito, iluminando una plataforma en la que, por un truco curioso, salió, de una humareda verde, la imagen de una mujer vestida con un traje espacial.

Era Sonia.

Un silencio completo se hizo y la voz de la muchacha, que llegaba, no se veía cómo, a los altavoces situados por todas partes, dijo:

—¡Señoras y señores! ¡Presentamos hoy, en la ciudad de Nueva York, el mayor espectáculo que jamás hayan visto ojos humanos! Muchos circos han visitado esta ciudad en el curso del tiempo. Pero éste, el Circo Espacial, llega hoy para que admiren lo conseguido después de peligrosas cacerías por todo el Sistema Solar.

»Hemos viajado desde Mercurio, el planeta ardiente y más cercano al sol, hasta Plutón, el mundo helado y confín de nuestro Sistema. En todos esos astros, un hombre extraordinario, al que presentaré a ustedes dentro de unos instantes, logró, gracias a su valor y su entusiasmo, cazar los seres más extraños que puedan concebirse.

»No se ahorraron esfuerzos ni se volvió, en ninguna ocasión, la espalda al peligro. Se luchó en las estepas ardientes de Mercurio, en las brumosas selvas de Venus, en los áridos desiertos marcianos, bajo los líquenes asfixiantes de Júpiter... Año tras año, venciendo dificultades sin cuento, se fue engrosando nuestra colección...

Hizo una pausa; luego, con una sonrisa, dijo:

—Ya, sé que los nombres de nuestros carteles no dicen nada... o muy poco. Ustedes han venido a ver todas esas cosas con sus propios ojos. Y nosotros, complacidos y honrados por la confianza

que nos demuestran, vamos a enseñárselas todas. Pero antes quiero decir que esas criaturas de los planetas, algunas bastante peligrosas, no han de despertar el menor temor en ustedes.

»Un nuevo procedimiento de seguridad, descubierto por mi padre, el director del Circo Espacial, señor Martin Kleber, formará una barrera infranqueable entre las bestias del espacio y ustedes. Ya podrán imaginarse que esos seres no se defienden ante condiciones especiales. Una barrera química-física, de naturaleza variable en cada caso, se levantará, perfectamente invisible, entre la pista y las gradas. Ninguno de los animales espaciales puede atravesarla.

»Por lo tanto, señoras y señores, pueden permanecer completamente tranquilos en sus asientos, pensando sólo en gozar de un espectáculo que hoy, por primera vez en la Tierra, nos honramos de presentar a este simpático público de Nueva York.

»Nada más, amigos míos... ¡Diviértanse; es todo lo que esperamos y deseamos!

La ovación fue estruendosa.

Inmediatamente, saliendo de una densa nube de intenso color rojo, un hombre surgió de la plataforma. Iba vestido con un traje espacial vistosísimo, pero sin escafandra.

Saludó, y Sonia, después de obtener silencio continuó:

—Les presento a Fred Cunnigan, nuestro cazador.

Nueva ovación.

Una nube amarilla y otro hombre, con cierto parecido con el anterior, quizá por el traje espacial que llevaba, igual al del cazador, apareció en la plataforma.

—¡Y éste —exclamó la muchacha—, señoras y señores, es Tom Ferguson, nuestro domador! ¡Él ha sido el único hombre capaz de domeñar a las bestias del espacio que van a ver ustedes dentro de pocos minutos!

Una nube blanca rodeó a las tres personas, mientras la ovación volvía a dejarse oír. Cuando instantes después la nube se disipó, los tres habían desaparecido.

La pista despejada, la plataforma se hundió, con su largo y brillante tallo, en el interior del suelo, una raya luminosa dibujó el contorno de la pista.

Y una voz neutra, en los altavoces:

—¡En este momento se acaba de montar la defensa invisible!

¡Una jaula sin barrotes que permitirá que se hagan la ilusión de no estar separados del peligro por nada!

Una pausa; luego gritó:

—¡Atención! ¡Atención! ¡Ahí va nuestro número uno! ¡Focus, el humanoide pirógeno de Mercurio!

Una puerta metálica se había abierto por uno de los lados de la pista y, en medio del impresionante silencio que se había hecho, surgió un ser de pelambre rojiza, no muy alto, con el cráneo achatado, como los hombres primitivos.

El humanoide avanzó hacia el centro, mirando curiosamente, a través de la barrera invisible, a los espectadores que le contemplaban en silencio.

—¿Usted cree en esa barrera de seguridad? —inquirió Jimmy, con un hilo de voz.

—¿Por qué no? —replicó Donald.

Jimmy hizo un gesto vago.

—Esperemos que tenga usted razón.

Y Stone se secó la frente, donde algunas gotitas de sudor perlaban.

La platea que Callowan había obtenido estaba a media docena de metros de la pista y cuando el humanoide de Mercurio se movió hacia allá, Jimmy no pudo evitar un gesto de retroceso.

—¡Viene hacia acá! —dijo.

Justo, en aquel momento, otra puerta se abrió y Tom, el joven domador, saltó a la pista, sonriente y confiado.

Entretanto, Focus se iba acercando más y más, en dirección a la platea ocupada por Donald y su compañero.

Éste no podía evitar la nerviosidad que le iba ganando.

—No me gusta nada, señor Callowan... —dijo entre dientes.

—Un poco de paciencia —aconsejó el jefe.

Momentos después, quizá por haber visto que el domador se acercaba a él, Tom acababa de coger una especie de tridente con bolas verdes en los extremos de sus pinchos, el humanoide avanzó aún más, de golpe.

Y cuando parecía que iba a franquear la línea iluminada, que marcaba el límite de la pista, y que el público dejaba oír un rumor de temor, un grito ahogado brotó de la garganta de Focus, un alarido infrahumano, al tiempo que retrocedía completamente

aterrado.

La voz sonó en los altavoces.

—¡Acaban de comprobar, señoras y señores, la eficacia de la invisible barrera de protección!

La gente aplaudió, calurosamente convencida y agradecida.

Entonces, mientras el domador se acercaba, el altavoz explicó:

—Ahora, el señor Ferguson va a demostrarnos todo lo que es capaz de hacer con Focus. El humanoide de Mercurio posee la particularidad de crear calor... ¡Veamos!

Una plataforma surgió, con varios objetos y el domador se apropió de uno, una viga de madera de imponente grosor.

Dejándola enhiesta en la pista, se acercó a Focus, con el tridente preparado.

El humanoide lanzó un zarpazo hacia el hombre pero retrocedió y obediente, marchó con docilidad hasta la viga de madera, hacia la que alargó sus rojizas manos.

Una llamarada imponente rodeó la viga. El humanoide seguía atrapándola, con fuerza; rodeado él mismo por las llamas que no parecían afectarle en absoluto.

Luego, cuando separó las manos del fuego, no quedaba más que un trozo de madera carbonizada. El domador se inclinó.

Los aplausos duraron mucho tiempo.

Después, Tom siguió demostrando las «habilidades pirógenas» del humanoide. Focus destruyó, de la misma forma, trozos de metal y tras haber derretido un bloque de acero, el domador le hizo poner las manos sobre un bloque de hielo de un metro de lado.

El efecto fue instantáneo.

Un chorro de vapor surgió de la masa sólida y el efecto fue verdaderamente impresionante. El público, satisfecho de aquel primer número, vitoreó al domador y al humanoide, que fue retirado de la pista.

—¿Qué te parece? —inquirió Donald.

—¡Fantástico! Nunca hubiera imaginado un ser como ése...

—Yo tampoco.

El altavoz le interrumpió.

—Vamos a presentarles a ustedes a continuación a Elena, la ventosa gigante cazada en Venus.

El animal salió por una de las puertas y hubo exclamaciones de

repugnancia entre las espectadoras. No era nada agradable, en efecto, aquella masa viscosa que babeaba al andar; es decir, al arrastrarse, dejando una huella brillante sobre el suelo de la pista.

Tom, el domador, salió de nuevo. Mientras el altavoz, continuó:

—Para que ustedes juzguen el poder de esta extraña criatura, nuestro domador va a hacer una única prueba. ¡Miren y juzguen!

Un grupo de hombres había sacado un tanque demodado a la pista. Era un modelo evidentemente fuera de uso y que los del circo debían haber comprado, casi como chatarra, al Ejército.

Los hombres, mientras el domador acariciaba a la ventosa, ataron el tanque a seis enormes columnas, con unas cadenas tan gruesas como el brazo de un hombre.

Uno de los empleados subió al tanque y lo puso en marcha. En aquel momento el altavoz, dijo:

—Deseamos que comprueben ustedes la integridad de ese tanque.

Las cadenas se tensaron y las múltiples ruedas articuladas del blindado patinaron sobre la lisa y pulida superficie de la pista. Después, a un gesto del domador, los auxiliares abandonaron el recinto y sólo quedaron en ella la ventosa y Tom.

—Esta extraña fiera —dijo el altavoz— fue capturada en los bosques de Venus. Pronto juzgarán ustedes el peligro a que nuestra expedición cinegética estuvo expuesta en esta empresa.

Tom lanzó una orden y el animal se arrastró, avanzando hacia el tanque. Una vez junto a la máquina bélica, pegó su ventosa en la parte anterior del blindado.

El redoble de un tambor se dejó oír, en sordina.

El cuerpo del animal pareció dilatarse, pegado al suelo, sobre donde empezó a formarse una baba viscosa. Durante unos minutos, nada ocurrió, salvo que la tensión del animal fue aumentando progresivamente.

Luego, de repente, un enorme chasquido se dejó oír y el tanque, partido por la mitad, fue prácticamente desenchajado del resto.

El público aplaudió entusiasmado.

Seguidamente, el altavoz anunció la exhibición de «Októn», una diminuta criatura marciana, cuyos poderes, según se dijo, consistían en una visión maravillosa, capaz de atravesar los objetos más opacos.

Tom dispuso una serie de placas, cada vez más densas y de materiales que iban desde la madera al plomo, éste alcanzando, en la última pared, un grosor de dos metros.

Se rogó en seguida que algunos espectadores voluntarios se prestasen, colocándose detrás de las paredes opacas, a mostrar objetos que el marciano no podía ver más que a través de ellas.

Hubo dudas; pero, finalmente, algunos salieron, prestándose al experimento. El domador aseguró antes que Októn era completamente inofensivo, cosa que la gente creyó a medias.

La experiencia resultó un éxito.

Se estableció un pequeño descanso y después se presentó a «Milcaras», un ser simiesco de Saturno capaz de adoptar cualquier personalidad en apariencia. Una docena de espectadores fue «copiada» por el extraordinario ser que, para terminar «dobló» a su domador. En aquel momento, nadie podía decir, hasta que el truco cesó, quién era Tom y quién la criatura de Saturno.

Trak, el reducidor de volúmenes, así lo anunciaron, procedente de Neptuno, demostró su fuerza tremenda, comprimiendo toda clase de objetos. Redujo una barra de hierro a un cubo de ocho centímetros de lado y un adoquín de pavimentación a tres dados con los que el domador jugó, mientras los aplausos le envolvían por doquier.

Glazón, el hombre de hielo de Plutón, una especie de chimpancé completamente blanco, casi albino, convirtió en nieve cuantos objetos les fueron entregados y hasta hubo un espectador que entregó su reloj de pulsera, viéndolo convertido en un pedazo de nieve con la misma forma que poseía antes.

Un descanso prolongado se anunció y Donald y Jimmy salieron, dirigiéndose a uno de los elegantes bares que había en los pasillos.

—Estoy impresionado —dijo Stone.

—Es natural.

—Todo esto es, ciertamente, extraño. ¿Se imagina lo que ocurriría si esas bestias estuviesen libres?

Callowan sonrió.

—No pasaría nada, amigo mío.

—¿No? —se extrañó el otro.

—No. Esas criaturas, sin la educación especial que el domador les ha dado, serían como tigres o panteras en libertad... caerían

bajo las balas de la policía o de los soldados.

—Es posible, pero...

Donald parecía pensar en otra cosa.

—No he visto a Lam por ninguna parte.

—Yo tampoco. ¿Cree que estaba visible durante el espectáculo?

—No lo sé. Es difícil verle, ya que debe ocupar un sitio especial, quizá al otro lado de la pista.

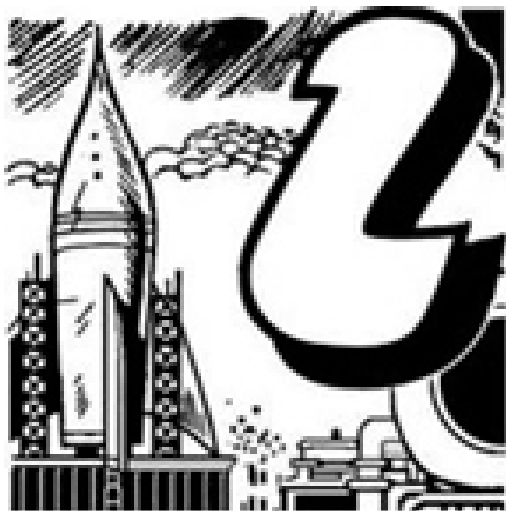
Hubo una pausa; después preguntó.

—¿No quiere verle usted?

—No al menos por el momento. Quizá dentro de unos días mande el enlace que le prometí; pero, por lo que veo, aquí no hay nada sospechoso. Hablaré, no obstante, con la policía de la ciudad para que se refuerce la protección de la gente por otra parte no creo que ocurra nada desagradable.

En aquel momento sonó el timbre, llamando al público a la sala.

CAPÍTULO IV



A decoración de la pista había cambiado y una luz verdosa la iluminaba por completo.

Tom Ferguson, el domador, llevaba un nuevo traje, de rigurosa etiqueta y todos los accesorios que habían servido para los anteriores espectáculos habían desaparecido.

Ahora, un micrófono estaba allí, sobre la pista, sobre el tallo plateado de su pie.

—Señores —anunciaron los megáfonos—: en la segunda parte del espectáculo, la más importante de todas, nos complacemos en presentarles, antes del número final, al extraordinario simio de Urano... ¡A Duende!

En efecto, una especie de mono, de color negro y no más alto que un chimpancé corriente, salió a la pista, yendo mansamente junto a Ferguson, que lo acarició complacido.

Después, acercándose al micrófono, el domador dijo:

—«Duende» fue cazado entre los altos riscos de piedra negra, en Urano. A pesar de que buscamos otros ejemplares, cuando nos dimos cuenta de la extraña facultad de estos animales, no vimos más lo que nos autoriza, en cierto modo, a considerarlo como un ejemplar único en su genero.

»«Duende» no posee inteligencia alguna, pero su mente la que podíamos comparar a un espejo refleja impresiones captadas de cualquier cerebro, lanzándolas sobre otro; es decir, es como un punto que uniese, sin poder evitarlo, dos cerebros distintos.

»Dado que el animal, como pueden ver, es completamente inofensivo, hemos suprimido la red invisible de defensa, de modo a que él y yo podamos actuar entre ustedes.

Había cogido al simio por la mano y salió de la pista, llevando en la otra mano el micrófono como el público pudo comprobar, no estaba unido a hilo alguno, ya que funcionaba como una pequeña emisora.

—Vamos a hacer algunas demostraciones de los fantásticos poderes de «Duende».

Estaba junto a la primera fila y, de repente, el animal empezó a emitir suaves gruñidos.

El domador sonrió.

—Ya sé, ya sé... —dijo—. Te refieres a ese señor de la segunda fila, el de la corbata a rayas azules y negras... si, si... Se llama Elemer Durango y es ingeniero industrial... —Miró al interpelado—. ¿No es así, señor Durango?

Sorprendido, el hombre miró al simio, con un gesto de asombro; luego acercándose al micrófono, que Tom había colocado junto a su rostro confesó:

—Es verdad y no comprendo cómo ha podido hacerlo.

Hubo un aplauso y Ferguson cuando logró silencio dijo:

—El Señor Durango pregunta cómo «Duende» ha logrado conocer su identidad... ¡Nada más sencillo, queridos amigos! Ya he dicho antes que la mente del simio de Urano se limita a reflejar los pensamientos de otros... Vamos a ver... aquella dama de la tercera fila se llama Margaret Sullivan, su esposo está en Florida y su hija Sally en París en viaje de novios, ¿no es cierto, señora?

—En efecto.

Las ovaciones se sucedían y, complacido, el domador repetía sus

experiencias ante el jolgorio general.

Y de repente, Tom miró hacia el lado opuesto de la pista y después de fruncir el entrecejo, anunció.

—¡Algo importante, señoras y señores! ¡Algo que «Duende» acaba de captar! Se trata de uno de los ocupantes de la platea nueve... Es, nada menos, que el señor Donald Callowan, jefe supremo de la SIP, de la Spacial International Police, la organización que lucha para establecer la Ley en todos los planetas descubiertos y en la Tierra.

Muy a pesar suyo, Donald tuvo que levantarse y corresponder con un gesto amistoso a la ovación cerrada que el público le dirigía. Luego, cuando el domador siguió por otra parte de la pista gruñó.

—¡Maldito entrometido!

—¡Ese mono sí que sería un buen policía! —rió Jimmy.

—No tiene gracia, muchacho.

El rostro de Stone se ensombreció.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que ese tipo no debía haber dicho quien era yo. Debía haberse mostrado más circunspecto.

—¿Cree que lo ha hecho adrede?

—No lo sé. Quizás ignore la importancia que para mí tiene la poca publicidad. No lo sé... —repitió pensativo.

Y después de una pausa dejó escapar:

—Si fuese un reto...

—¿Eh?

—Olvida lo que he dicho. Lo malo es que, a pesar de haber sentido algo especial, que aún no acierto a definir, he pensado estúpidamente en mi nombre.

—No lo entiendo.

—Sí, hombre, sí. Yo experimenté una sensación rara, como si algo pasase dentro de mi cerebro. No puedo explicarlo con mayor amplitud. Entonces, dándome cuenta de que se trataba de mí, debí evitar el pensar en mi nombre y mi identidad... pero no pude.

—¿Quiere decir eso que el simio puede obligar a pensar en ciertas cosas?

—Eso es lo que yo querría saber. De todo lo que hemos visto hasta ahora, «Duende» es lo más peligroso.

—Podíamos lograr que el animal fuese retirado del espectáculo.

Donald sonrió.

—¿Con qué motivo? —Meneó la cabeza—. No, no podemos hacer nada. Además, en realidad, no ha ocurrido nada extraordinario y si el circo se limita a dar espectáculos, nada hay que temer. Lo horrible sería que alguien utilizase a «Duende» para beneficiarse criminalmente de los demás. ¿Te das cuenta del chantaje que podría hacerse con un animal como ése?

—Sí.

La sonrisa volvió a entreabrir los labios de Callowan.

—Aunque no creo que se expongan a algo tan bajo. Este circo va a ganar muchísimo dinero sin necesidad de recurrir a procedimientos ilegales. ¡Es muestra manía de ver siempre cosas malas en cualquier hecho! ¡Deformación profesional pura, amigo Stone!

La presentación del curioso simio había terminado, a juzgar por las ovaciones que se sucedían sin interrupción; después, cuando el silencio se hizo nuevamente, los megáfonos volvieron a dejarse oír:

—Y ahora, respetable público, presentamos el número cumbre de nuestro extraordinario programa... ¡Thula, la babosa de Júpiter! ¡El animal más fantástico de la Creación! Y esta vez, no será el señor Ferguson el encargado de hacer obedecer a cinco toneladas que pesa la babosa, sino que será la bella señorita Sonia Kleber, la hija de nuestro director, la que les hará ver algo jamás visto por ninguno de ustedes... ¡Atención, señoras y señores!

La línea límite de la pista se había iluminado una vez más, demostrando que la protección invisible había sido colocada nuevamente. El público que esperaba una sorpresa en aquel número final, no fue defraudado, ya que al abrirse una de las puertas, la más grande de todas, penetró en la pista un animal voluminoso, enorme, repugnante hasta lo indecible.

Era enorme y alcanzaba la altura de un caballo, pero la falta de patas la hacía aún más voluminosa: una masa gelatinosa que se escurrió, arrastrándose penosamente hasta el centro de la pista.

Surgió una llamarada azul de cuyo centro salió misteriosamente una muchacha encantadora, vistiendo un traje espacial de pura fantasía.

El público la acogió con una ovación cerrada.

«Thula» —explicaron los altavoces— fue capturada en Júpiter,

con enormes dificultades y grandes peligros, debido a que se trata de un animal carnívoro, de gran voracidad.

»Pero no teman, la valiente señorita Kleber va a demostrarnos que no le tiene el menor miedo y va a obligarla a que nos demuestre sus cualidades extraordinarias que le han valido el nombre de “babosa filante”... ¡Adelante, señorita Kleber!

La joven no se hizo rogar.

Llevaba un largo látigo en la mano y golpeó con él sobre la masa viscosa del monstruo, provocando un estremecimiento en la multitud. Después, al tiempo que una mesa con diversos objetos brotaba del suelo, sonrió, volviéndose hacia ella y cogiendo algo que mostró al público.

—Es un simple anillo de oro —explicó el megáfono—, un anillo corriente, como el que ustedes, en caso de duda, pueden proporcionar a la domadora.

Nadie se movió.

Cogiendo el anillo entre el pulgar y el índice de la mano izquierda, Sonia volvió a golpear a la babosa, ordenándole algo en una lengua que nadie entendió.

Hasta entonces, ningún espectador sabía dónde estaba la cabeza del animal, tan idénticas eran sus dos extremos. Pero, en aquel momento, una especie de delgado tallo surgió de uno de los extremos de la babosa, alargándose progresivamente.

Aquella especie de tentáculo se dirigió hacia la muchacha, mientras el público, con la respiración contenida, observaba el peligroso juego. Finalmente, el tallo de carne de la babosa atravesó el anillo, saliendo por el otro lado.

Poco a poco, el tentáculo fue alargándose, como si fuese robando masa al cuerpo del monstruo. Aquella prolongación, cuando llegó al suelo, después de atravesar el anillo, empezó a engrosarse. Y entonces pareció que se establecía una corriente entre el cuerpo y la masa que se iba formando al otro lado de la joven.

La totalidad de la babosa pasó, en menos de cinco minutos, a través del anillo.

Los aplausos fueron ensordecedores.

—No olviden ustedes —advirtió el megáfono— que «Thula» pesa más de cinco mil kilos... Y ahora, como última demostración, la babosa filante de Júpiter va a pasar, en vez de por un anillo... ¡por

el ojo de una aguja!

La experiencia se hizo, con el mismo éxito que la anterior y cuando la ovación final estalló, la música coreó el fin de un espectáculo que, bastaba contemplar los rostros de los presentes, había emocionado y complacido a todos.

Excepto a Donald Callowan...

* * *

Thomas estaba muy contento de su puesto. Hacía diez años que era el ayuda de cámara del señor Cowler y no podía quejarse, ya que, si bien su trabajo en algunas ocasiones llegaba a ser extenuante, gozaba de un tratamiento especial y había logrado ahorrar un buen puñado de dólares.

Como todas las mañanas de los sábados, en que el señor Cowler salía para Florida, en su avión particular, Thomas hizo que la cocinera dispusiese lo necesario para el copioso desayuno de su señor, yendo después a preparar el baño, cuya temperatura no debía exceder nunca a los 22 grados centígrados.

Thomas conocía todas las manías de su señor y estaba íntimamente compenetrado con él, lo que le había hecho convertirse en alguien que, en contra del dicho popular, era imprescindible desde todos los puntos de vista.

Una vez preparado el baño, el mayordomo se dirigió hacia el pasillo, oprimiendo el botón que haría que las cortinas de la habitación del dueño de la casa se abriesen automáticamente.

Sabía que había de esperar cinco minutos antes de entrar en la habitación, ya que Cowler deseaba despertarse solo, con el sol inundando su gran lecho.

Parsimoniosamente, Thomas encendió un cigarrillo, mirando por una de las ventanas del corredor al amplio jardín de la mansión. Más allá de los árboles y dibujándose en el horizonte brumoso de la lejana ciudad, los rascacielos de Manhattan recortaban el cielo gris con sus formas agudas.

Thomas amaba la ciudad y esperaba que su amo marchase para coger su propio permiso y pasar todo el domingo en Nueva York, en los bares que tanto conocía, en las carreras de caballos, en las salas de baile y, ocasionalmente en el Madison, viendo algún combate de boxeo.

Consultando su reloj de pulsera, se dio cuenta que los cinco minutos habían expirado. Tiró el cigarrillo al cenicero más cercano y abrió la puerta que daba a la habitación de su señor, saludando con el mismo tono de todos los días.

—¿Ha dormido bien el señor? El baño del señor está preparado...

Se dirigió hacia el lecho, dispuesto a alargar la bata a Cowler, para que éste se dirigiese al baño.

Entonces...

Fue tan inesperado que Thomas tardó, por lo menos cinco minutos, en reaccionar. Toda una gama de sensaciones se pintó en su rostro, desde el pánico a la repugnancia y desde el asombro al terror. Finalmente, cuando la sangre volvió a circular normalmente por sus venas, se precipitó al primer teléfono, descolgando el aparato con mano nerviosa y, componiendo el número con vacilaciones sin cuento.

—¿Policía?

—¿Quién es?

—De la casa del señor Cowler.

—¿Quién es ahí?

—Thomas, el ayuda de cámara del señor.

—¿Qué ha pasado?

—¡Algo horrible! ¡El señor Cowler ha sido asesinado!

—¿Eh?

—En fin, está muerto...

—Bien. No toque nada. Estaremos ahí dentro de unos minutos.

Así fue y la policía invadió la elegante mansión, precedida por el inspector general Steeman. Éste lo examinó todo, sin dejar de fruncir el entrecejo. Contra lo que sus colaboradores esperaban, no dejó tocar nada a los técnicos, ni siquiera hacer fotografías de ninguna clase.

Hizo cerrar la habitación, se dirigió al despacho del señor Cowler y descolgó el teléfono.

—Con Washington, señorita... Central de la SIP, señor Callowan, con prioridad absoluta.

—En seguida, señor.

No tuvo que esperar más de media docena de segundos. Casi inmediatamente la voz de Callowan sonaba al otro lado del hilo.

—¿Diga?

—Steeman, de Nueva York, señor.

—¿Qué hay?

—Obedeciendo a su circular última, le comunico que uno de los crímenes que aquélla preveía se ha cometido... o al menos así lo pienso.

—¿Quién ha sido?

—El señor Cowler.

—¿El banquero?

—Sí.

—Salgo en avión en seguida.

—De acuerdo.

Steeman colgó el aparato y esperó, paseando por el despacho, sumido en un mar de confusiones. En el fondo, lealmente, prefería que fuese la SIP la que se encargase de aquel asunto, ya que él no estaba acostumbrado a ver cuerpos... en aquel estado.

¿Cómo demonios había previsto Callowan que iban a producirse crímenes de aquel fantástico tipo?

Era indudable que la fama de Donald no constituía ninguna fantasía, sino que era algo palpable, merecido.

La mala suerte para el comisario general era que aquella clase de hechos se produjesen en su ciudad. ¿Por qué diablos no pasarían en cualquier otro sitio?

Cuando le avisaron que Donald había llegado, Steeman se precipitó a recibirle, viendo que iba acompañado por otro miembro del servicio, un joven al que Callowan presentó como Jimmy Stone.

Mientras se dirigían a la habitación de Cowler, Donald preguntó:

—¿Quién descubrió el cuerpo?

—¿El... cuerpo? —Y Steeman sonrió, tristemente—. Fue Thomas, el ayuda de cámara. Iba a despertar a su amo.

—Comprendo.

Penetraron en la alcoba del banquero y Steeman, sabiendo que iba a impresionar al otro, le dejó adelantarse hacia el lecho. Cuando Callowan llegó junto a la cama, tuvo que morderse los labios para no lanzar una exclamación de asombro.

Sobre las sábanas inmaculadas no había más que... ¡un esqueleto!

Hubo un corto silencio; después Donald preguntó:

—¿Es el del señor Cowler?

—No creo que haya dudas. Mire las sortijas de la mano izquierda. Eran suyas. Además ¿quién podría ser?

—Cualquier otro —repuso Callowan—. Un bromista macabro podía haber colocado este esqueleto después de llevarse al verdadero Cowler.

—¿Lo cree posible?

—No, pero no me gusta dejar de entrever ninguna posibilidad.

—Entiendo.

Donald se acercó al lecho, comprobando que el esqueleto estaba completamente limpio de carne. No había huella alguna de materia y ofrecía el aspecto de los restos humanos que se encuentran después de muchos años de enterrados.

—El médico legal —dijo— deberá informarme de la edad de este esqueleto, de sus características y demás.

—Así se hará, señor.

—Yo, por el momento, voy a quedarme en Nueva York —sonrió, misteriosamente—. Quizá vaya a ver el Circo Espacial.

—¿No estuvo usted en su inauguración?

—¿Cómo lo sabe?

—Los periodistas hablaron de que fue usted descubierto por una de esas bestias.

—Es verdad; pero, de todos modos, conviene visitarlo de nuevo.

—¿Cree que exista una relación entre esto y el circo?

—No lo sé, Steeman...

Y después de una pausa preguntó:

—Usted no lo ha visto, ¿verdad?

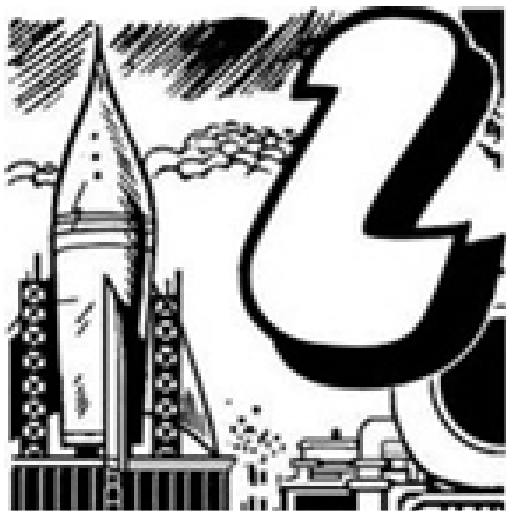
—¿El circo?

—Sí.

—No me ha llamado la atención. De pequeño —sonrió— me gustaba mucho. Hasta que descubrí los trucos.

—Esto no es lo mismo, amigo mío. Merece la pena ir, se lo aseguro. Es un espectáculo inolvidable.

CAPÍTULO V



AM CURTIS terminó de dar de comer a los carnívoros, ayudado muy parcialmente por el negro; después, cuando dejó a su compañero en el carromato donde vivían, fue hacia el de la señorita Kleber.

Minie, la negra, le recibió con una amplia sonrisa.

—Buenos días, señor Caster.

Poco a poco, la confianza se había abierto paso y la mujer, que hablaba muy poco con su dueña, encontró un «escape» en la presencia del joven.

—Hola, Minie. ¿Qué hay que hacer hoy?

—Está todo muy limpio, señor.

—¿Todo?

—Sí. Me he adelantado un poco hoy. Usted no para y no hay derecho a que trabaje tanto.

—Es mi deber, amiga.

—La señorita Kleber no se porta muy bien con usted.

Lam sonrió; luego quiso saber:

—¿Hace mucho tiempo que la conoces?

—Mucho. Salí con ella y con su madre de la Tierra, cuando el amo se decidió a escuchar las proposiciones del señor Cunnigan. Salimos entonces por esos mundos de Dios y yo fui con ellas. Luego murió la madre de la amita.

—¿En algún planeta?

—En Venus. Aquello era muy malo, señor Caster... Yo no salía del aparato y me pasaba las horas rezando para que nada ocurriese, al lado de la amita y el pequeño Tom.

—¿El domador?

—Sí. Entonces no era más que un niño, dos años mayor que la amita. Vino con el señor Cunnigan.

—Comprendo.

—Por eso le digo que conozco bien a la amita. Yo, durante mucho tiempo, cuando me la dejaba sola durante semanas enteras, mientras ellos iban de caza, le enseñé a rezar y a temer todo cuanto había de misterioso y horrible en aquellos planetas. Creí que la había convencido, pero después...

Entornó los ojos, como si pensase en aquello.

—¿Qué ocurrió después? —instó el joven.

La negra explicó:

—Cambió de repente. Y empezó a salir con ellos, como había hecho su difunta madre, que también era una mujer muy valiente.

—¿Cómo murió la madre de la señorita Kleber? ¿De enfermedad?

Ella lo miró con los redondos y blancos ojos desmesuradamente abiertos. Durante unos segundos, Lam creyó que la negra no iba a contestar a su pregunta; pero después se decidió.

—No se porque le digo esto, señor. Si la amita se enterase, se enfadaría mucho, muchísimo...

—Ya se que usted es bueno y no la quiere mal —hizo una pausa

—. La madre murió de una manera horrible... ¡Se la comió «Elena»!

—¿La ventosa gigante?

—Sí, ese asqueroso y repugnante bicho. Yo no sé como el amo la conserva aún. ¿No la hubiese matado usted de encontrarse en su lugar, señor?

—Sin duda, Minie.

—¡Fue horrible! El señor lloró mucho tiempo y estuvo sin salir de caza... Luego, poco a poco, se le fue pasando. Pero, aún ahora, no le dejan acercarse a la jaula de «Elena».

—¿Por qué?

—Porque quiso matarla y quiere hacerlo aún. ¿No es normal, señor Carter?

—Completamente normal. —Y después de haber encendido el cigarrillo que sacó de su paquete—. He visto que Tom; es decir el señor Ferguson, sale mucho con la señorita Kleber. ¿Son novios?

La negra perdió la expresión sombría que lo que acababa de relatar había impuesto a su rostro y sonriendo, mostró a sus dientes blancos e iguales.

—¡Esperaba que me preguntase eso, señor!

Lam frunció el entrecejo.

—¿Por qué?

—Porque Minie sabe cómo mira usted a la amita... ¡Oh, no se enfade! Es natural. La señorita es muy bella, muy hermosa...

El joven tuvo que sonreír, sin saber qué decir.

—El señor Ferguson —siguió diciendo la mujer de color— lleva mucho tiempo detrás de la amita. Crecieron juntos, ¿comprende? Pero la amita no le hizo nunca mucho caso. Por eso está furioso y de mal humor la mayor parte del tiempo... —Bajó la voz, hasta convertirla en un simple susurro—. Cuando piensa en ella y ve que no hace caso, tratándole simplemente como a un hermano, que eso es lo que podían ser en el fondo, el señor Tom se emborracha y grita, desesperado, golpeando durante noches enteras la puerta de este vagón.

—¿Y qué hace la señorita?

—Nada. Sólo un par de veces abrió la puerta, furiosa de oírle gritar y hasta llorar.

—¿Le... abrió? —se sorprendió Lam.

—Sí. Pero fue para salir, con el látigo con el que doma a «Thula», golpeándole hasta dejarle tendido en el suelo.

—¡Es todo un carácter!

—No la conoce usted bien, señor.

Unos pasos rápidos, en la escalera de aluminio, hicieron que la negra cambiase de color; pero, antes de que pudiese evadirse, Sonia

entraba vestida con un traje de calle.

—¡Vaya, vaya! ¿De confiancias, eh?

Lam salió en defensa de la mujer.

—Me estaba diciendo lo que debíamos hacer mañana. La limpieza de hoy se ha terminado.

Ella clavó sus hermosos ojos en el rostro del joven.

—No me gusta que me engañen John... y tampoco me agrada que la gente que tengo a mi servicio, como tú, se metan en cosas que no le interesan... ¡Conozco demasiado a Minie para saber que estaba deseando contarle a alguien mi vida!

—Yo... —protestó la negra.

—¡Calla, Minie! Te he dicho mil veces que debías tener la lengua quieta. Si alguien desea saber cosas mías, que tenga por lo menos el valor para preguntármelas a mí.

Y volviéndose hacia el joven preguntó:

—¿Has dado de comer a los carnívoros?

—Sí. A todos.

—¿A Thula también? ¿Y no has notado nada raro?

—¿Algo raro?

Se quedó pensando; luego al recordarlo dijo:

—Sí, es verdad... Thula no comió más que un cerdo.

—¡Menos mal! Creí que habías perdido la memoria. De todos debías haberme buscado para comunicármelo inmediatamente. ¿O es que no te das cuenta de la gravedad de lo que ocurre?

—No entiendo.

—Lo comprendo, no se puede exigir de un hombre como tú que utilice algo que no posee: la inteligencia.

Lam se estremeció, luchando por contenerse.

Pero estaba empezando a acostumbrarse al endiablado carácter de aquella indómita muchacha.

¡Si no fuese por la misión que le habían encomendado!

—El que Thula no haya comido más que una tercera parte de lo que devora habitualmente puede suponer un peligro en la representación de esta noche. ¡Debe comer como siempre! ¿O es que quieres que me devore a mí en un descuido?

—¡Ave María Purísima! —exclamó Minie, santiguándose.

También Lam se impresionó, recordando el triste fin de la madre de Sonia.

—No ha querido comer más —dijo—. Tuve que retirar los animales de la jaula, pues no les hacía caso.

—¿Qué puede haber ocurrido? —preguntó la muchacha.

Y como Lam estaba seguro de que aquella pregunta se la dirigía a sí misma, no hizo ninguna observación.

—Bueno. Creo que no hay más que una explicación: alguien ha dado de comer a la babosa filante, olvidando que lo tengo prohibido. Vas a ir a enterarte de quién ha sido el que ha dado de comer a Thula y qué es lo que le han dado. ¡No quiero bromas de ninguna clase en mi trabajo! Aquí espero tu información.

—Bien.

Lam salió del carromato azul, dirigiéndose hacia los otros carromatos, a través de un verdadero dédalo de paquetes, depósitos, almacenes. A la izquierda, brillante como de costumbre, se elevaba la cúpula de aluminio del Circo Espacial.

Curtis iba pensando en cuanto había oído y estaba nervioso, temiendo que alguien pudiese querer mal a la muchacha y por eso hubiese dado de comer a Thula, deseando un accidente trágico en el curso de la representación de la noche.

Nadie excepto Tom, el enamorado desilusionado y despreciado, podía tener motivos para hacer una enormidad de aquella clase.

Cerró los puños, jurándose que haría todo lo posible para evitar que algo ocurriese a la muchacha. Y cuando, con una sonrisa en los labios, se preguntaba el motivo de que se interesara especialmente por Sonia, seguro de la respuesta, alguien surgió súbitamente de detrás de uno de los carromatos.

—Buenas tardes, hijo...

El sacerdote llevaba un sombrero flexible. Una larga barba, amarillenta en la parte superior por la nicotina, enmarcaba un rostro simpático y abierto...

—Buenas tardes, padre...

Lam acababa de recordar la señal, pero no se atrevía a hacer nada, al menos por el momento.

—¿Trabajas en el circo? —inquirió el otro.

—Sí.

—Debe de ser muy interesante.

Sacó el sacerdote un paquete de cigarrillos y tendiendo uno al joven dijo:

—Toma. Fuma y sentémonos aquí mismo. Me gusta charlar con los hombres del circo. De joven me entusiasmaba tanto esta clase de espectáculos, que más de una vez pensé huir con los de la farándula.

—¿Ah, sí?

—Sí. ¿Quieres fuego?

Había sacado un mechero de plata y cuando lo acercó al rostro de Lam, éste pudo ver que las letras de SIP estaban grabadas en una de las caras.

—Puede preguntar lo que desee, señor.

—Hoy ha habido un asesinato en Nueva York, Curtis. Un hombre un poderoso banquero, llamado Cowler, ha sido encontrado en su habitación... ¡reducido a un simple esqueleto! Los forenses han declarado que el esqueleto era reciente, ya que los huesos conservaban aún su irrigación, con restos de vasos internos. El examen de la médula de los huesos han hecho precisar que Cowler murió entre las doce y las dos de la madrugada de hoy.

—¿Y no han encontrado más que un esqueleto?

—Nada más.

El joven se estremeció.

—Ha sido «Thula».

—¿Quién?

—Ese monstruoso ser de Júpiter. Yo soy el encargado de darle de comer, cada día. Le doy tres puercos vivos y no deja más que el esqueleto pelado.

—Comprendo.

—Además, Thula no ha querido hoy la ración de costumbre. Sólo comió un puerco...

Hubo una pausa.

Después, el joven explicó las características de aquel animal, viendo que el falso sacerdote fruncía el entrecejo.

—¿Y dices que pesa cinco mil kilos y que abulta como un caballo grande?

—Sí.

—No entiendo entonces cómo han podido sacarla de aquí y volverla a entrar.

—Pueden servirse de un camión.

—No. Cientos de policías de Nueva York vigilan el circo,

creyendo que lo hacen para la defensa de la población. Registran cada vehículo que sale y entra del recinto de Luna Park.

—¿Cómo? ¿Y lo permiten los del circo? ¿No lo encuentran sospechoso?

—¿Por qué? Desde el principio, la autoridad de la ciudad se puso de acuerdo con ellos. Y se mostraron complacientes, comprendiendo las medidas de seguridad. Después de todo, los seres que se exhiben aquí no son fieras normales, sino criaturas cuyas reacciones nos son completamente desconocidas.

—Es verdad.

El otro se levantó.

—Yo voy a informar de todo esto. Sigue vigilando. Pronto volveré a verte.

Se estrecharon la mano y el sacerdote se alejó, perdiéndose entre los vehículos aparcados allí.

Presa de una serie de ideas contradictorias, Lam recordó la misión que Sonia le había encomendado, dirigiéndose primeramente al carromato donde se alojaban sus compañeros.

Ninguno de ellos —y ya esperaba eso Curtis— había dado de comer a la babosa joviana.

Luego fue a ver al director, al que ya había saludado algunas veces.

Martin Kleber era un hombre macizo, de cabellos completamente plateados y ojos verdes, luminosos y llenos de vida. Su envejecimiento, muy marcado, parecía un tanto prematuro. Pero no era nada raro, después de la azarosa vida que había llevado últimamente.

Escuchó a Lam. Y cuando éste hubo terminado dijo:

—Tendré que hablar con Sonia. No quiero que se exponga esta noche.

Dijo que no sabía nada de Thula y el joven, después de despedirse, fue hacia el carromato que el domador y el cazador compartían.

Al acercarse al coche, Lam oyó algo, viendo entonces que había una ventana entreabierta. Sin poderlo evitar, se acercó al carromato y prestó oído.

—Te digo —era la voz de Cunnigan— que ese tipo, ese John Caster, es un agente de la Spacial International Police.

Lam se estremeció.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió la voz de Tom.

Hubo una corta pausa; luego censuró:

—¡No seas estúpido! —Cunnigan parecía irritado—. Me lo ha comunicado «Duende». El otro día, cuando daban de comer a las bestias, yo estaba junto a una de las jaulas. Los tipos iban pasando y «Duende» me iba reflejando sus pensamientos. Cuando el joven pasó por delante de nosotros, supe, con toda certeza, que se trataba de un agente de la SIP.

—¡Pero eso no nos importa!

—Naturalmente. Sólo que es molesto el tenerlos aquí dentro, entre nosotros. Más que molesto, es irritante.

—Tienes razón.

Y después de un nuevo silencio preguntó:

—¿Qué piensas hacer?

—Nada. Seguirá perdiendo el tiempo lamentablemente.

La conversación bajó de tono, en aquel momento, y Lam tuvo que alejarse, ya que no llegó hasta él más que el rumor confuso de un cuchicheo apenas audible.

Había creído, en un instante, poder oír algo fundamental, algo que contestase, aunque no fuese más que parcialmente, a las preguntas que asediaban su cerebro en ebullición.

Pero, hasta aquel momento, sólo sabía lo que el falso sacerdote acababa de comunicarle: Thula, la babosa filante, había salido del circo y asesinado a un hombre importante.

¿Quién podía haber utilizado a aquel monstruoso animal para fines criminales?

¿Sonia?

Lam desechó la idea con fuerza. Le parecía completamente imposible concebir a la muchacha como un ser criminal, por mucho que las pruebas se fuesen acumulando sobre ella. Verdad era que Sonia estaba al cuidado de la babosa y que ella era su domadora; pero ¿quería decir esto que los otros no podían manejarla de la misma manera que la muchacha?

Se pasó la mano por la frente, como si deseara alejar las ideas pesimistas que, muy a pesar suyo, le invadían.

«La primera cosa que he de saber —se dijo— es si además de Sonia, los otros son capaces de manejar a Thula. Si es así, tendré

que investigar la identidad del que ha sacado al animal del circo... Pero ¿cómo lo han hecho? Hay una estrecha vigilancia policiaca y todos los vehículos que entran y salen del circo son concienzudamente registrados... ¿Entonces?...».

No debía olvidar tampoco que la babosa no era un animal que pudiese camuflarse fácilmente en cualquier sitio. Thula era la bestia más voluminosa del circo y sacarla, sin que nadie la viese, constituía un problema insoluble.

Por otra parte, y después de oír al agente que Callowan le había enviado, tan curiosamente disfrazado de sacerdote, Lam no podía dudar de que el esqueleto encontrado en casa del banquero no era obra del monstruoso animal de Júpiter.

Entonces... ¿qué pasaba en el circo? ¿Qué misterio había allí y quién utilizaba las fieras para asesinar...?

Volvió al carromato azul, comunicando a la muchacha que nadie sabía nada y que no había podido averiguar quién había dado de comer a la babosa.

—¡Tengo que saberlo! —se encolerizó la joven—. He de trabajar esta noche con ella y no quiero disgustos...

Lam la miró fijamente.

Pero, por mucho que intentó perforar el rostro de ella en busca de una luz dudosa que le hiciese pensar en que ella estaba mintiendo, no lo logró.

Después, al dirigirse hacia su propio carromato, pensó en que había sido descubierto y que tendría que comunicar a Callowan que su identidad ya no constituía misterio alguno para los dirigentes del circo.

CAPÍTULO VI



IENTRAS esperaba algunas noticias, con verdadera impaciencia, Donald Callowan examinó por enésima vez el pequeño cuaderno que se había encontrado en el secretare.

Era un cuaderno viejo, viejísimo, con pastas de plástico, sucias y usadas. En su interior, además de muchas notas y cálculos, que habían sido tachados después, había en una de las primeras paginas, sin tachar, cinco nombres así dispuestos:

James Cowler
Thomas Arston
Lewis Colper
Dorothy Smilan
William Murphy

La policía de Nueva York había investigado profundamente sobre aquellos nombres, no encontrando nada que, aparentemente,

los relacionase con el fallecido banquero. Ninguno de ellos tenía cuenta corriente en el Banco de Cowler ni mantenía correspondencia con él.

Los técnicos de la SIP, que habían examinado el cuaderno, encontraron solamente, en la tinta, las pruebas que evidenciaban que aquellas notas habían sido tomadas diez años antes, por lo menos. Pero ninguna otra cosa se puso en claro.

Aquella mañana, Jimmy Stone penetró en el despacho de su jefe, después de haberse quitado el «uniforme» de sacerdote que utilizaba para estar en comunicación con Lam. Venía preocupado y Donald lo comprendió al mirarle a la cara.

Le indicó:

—Siéntate, amigo.

El otro obedeció y después de encender un cigarrillo dijo:

—Le han descubierto, señor.

—¿A Curtis?

—Sí.

—¿Cómo lo han logrado?

—Por medio de ese bicho telepático de Urano. Creo que le llaman «Duende». El mismo que le desabrió a usted.

Donald sonrió.

—Lo recuerdo, Jimmy. —Luego, cuando su expresión se ensombreció de nuevo—: ¿Qué dice Curtis?

—Espera instrucciones. No cree, por el momento, correr un gran peligro.

—¿Sigue pensando que esa babosa ha sido la que nos dejó al banquero en estado de esqueleto?

—Está completamente seguro. Ya le dije a usted que para nuestra suerte, es él el encargado de dar de comer a los carnívoros. Me relató lo que Thula hace con los puercos que le sirven de alimento: igual que en el caso del banquero: los envuelve con su cuerpo y no deja más que los huesos.

Callowan se frotó el mentón.

—Todo eso está muy bien —convino—; pero, de todos modos, lo que yo quisiera saber es cómo se las arreglan para sacar esa masa de cinco toneladas a la calle. La vigilancia no puede ser más estrecha.

—Tampoco yo lo sé señor.

—Y otra cosa, sin contar con la identidad del culpable, que nos es por el momento desconocida, es saber el motivo que tenían para matar a Cowler. Todos ellos han estado muchísimo tiempo fuera de la Tierra y, que sepamos, el banquero no ha tenido relación con las expediciones a los planetas, ni directa ni indirectamente. ¿Por qué lo han matado?

—Me gustaría saberlo.

—A mí también. No hay crimen sin móvil y...

El teléfono le interrumpió. Descolgó.

—¿Diga?

—Aquí Morris, el gerente de la Banca Cowler. ¿Hablo con el señor Callowan?

—Sí. ¿Qué desea?

—Quería comunicarle algo de muchísima importancia, señor.

—Diga.

—Hoy hemos abierto la caja particular del señor Cowler, la que tiene en su casa...

—¿Por qué no lo hicieron antes?

—Yo ya le eché una ojeada, señor Callowan. Pero, como estaba intacta, no me preocupé. Esta mañana, queriendo revisar unos papeles, la abrí, viendo entonces que el oro que guardaba el señor Cowler había desaparecido.

—¿El qué?

—El oro. Se trataba de una reserva especial: ochenta lingotes de a tres kilos. Oro puro, señor.

—¿Y por qué diablos guardaba el banquero el oro en su casa? ¿Es que las cajas fuertes del Banco no le ofrecían una garantía mayor?

—No es eso, señor. Ya le dije que era una reserva especial...

—Aunque así sea.

—Déjeme seguir, por favor... El señor Cowler esperaba la visita de un grupo de banqueros europeos y deseaba realizar cierta operación fuera del Banco.

La voz de Donald se hizo sardónica.

—Comprendo. Deseaba burlar los impuestos de las operaciones bancarias. ¿No es así?

El otro, evidentemente molesto, tardó unos instantes en contestar.

—Creo que sí, señor... pero lo importante es que el oro ha desaparecido.

—¿Ha examinado bien la caja?

—Sí. Aún más: no fiándome de mis propias apreciaciones, he llamado a los técnicos de nuestro Banco. Sus informes son unánimes: nadie ha violentado el cofre.

—¿Quién conocía la combinación?

—El señor Cowler y yo, señor.

—Comprenderá entonces su situación como sospechosa, ¿verdad?

—Sí, perfectamente.

Hubo una pausa; luego Callowan dijo:

—De acuerdo. Haremos las pesquisas necesarias; pero, por el momento, no comunique a nadie lo que ha descubierto. ¿Entendido?

—Así lo haré, señor.

Donald colgó y encendió parsimoniosamente un cigarrillo.

Luego, después de comentar lo ocurrido, comentó:

—La desaparición de ese oro podría ser un motivo, el que andábamos buscando, aunque también no podría serlo. He repasado las declaraciones del ayuda de cámara y éste dice que vio al señor Cowler salir, hacia las once de la noche, volviendo poco después. Pero afirma, categóricamente, que no llevaba nada en la mano. Comprenderás, Jimmy, que doscientos cuarenta kilos de oro no se esconden en el bolsillo del chaleco.

—Naturalmente.

Donald tamborileó la mesa.

—El problema éste es el más raro que he conocido en mi vida profesional. Y, si lo examinamos un poco, verás que es como para perder la cabeza. Tenemos primero la muerte, con reducción a esqueleto, de un banquero. Por pura casualidad, gracias a Lam, conocemos un animal de otro planeta capaz de convertir en esqueleto, en pocos minutos, una criatura viva.

»Pero, por otra parte, ese “esqueletizador” pesa la tontería de cinco toneladas y los policías están dispuestos a jurar que no ha salido del circo en ningún momento, ni de día ni de noche.

»Luego tenemos el hecho que una caja se abre, sin violencia y que alguien se lleva, con una tranquilidad pasmosa, doscientos

cuarenta kilos de oro puro que, en el caso de que hubiesen entrado en el circo, hubieran sido vistos por los hombres de la vigilancia.

—¿No podían los culpables haberlo escondido en uno de los coches o los camiones?

Donald sonrió.

—No me creas tan tonto, muchacho. Cuando establecí la vigilancia alrededor del Circo Espacial, dije al director que lo hacía para evitar el tráfico de drogas. Él, muy convencido, me dio toda clase de facilidades. Resultado: las mercancías son examinadas, fuera de los camiones.

—De todas maneras...

—Déjame seguir. Los pasos de los camiones han sido regulados, de manera a ser pesados cuando salen y cuando entran. Como las mercancías se descargan, el peso de los vehículos, su tara, nos es sobradamente conocida. De esta forma, es completamente imposible que hayan podido entrar en el circo los doscientos cuarenta kilos de oro.

—Muy ingenioso.

—Y no es sólo eso. Dispositivos electrónicos de análisis «perforan» las chapas de las carrocerías y el caucho de los neumáticos, sin que ellos se den cuenta. No, nada extraño ha pasado por la línea de vigilancia. Sospecho —agregó, después de una pausa— que el oro robado está lejos de Luna Park.

—¿Y la muerte del banquero?

—Eso es harina de otro costal, Jimmy. Si pudiese explicarla, tendría pruebas para detener al culpable.

—¿Sospecha de alguien en particular?

—De todos.

—¿Incluso de la hija del director?

La mirada de Callowan se hizo dura, implacable.

—He dicho de todos, Stone.

—Comprendo.

Hubo una nueva pausa, esta vez larguísima.

Donald parecía sumido en una profunda reflexión y el otro no se atrevía a romper el silencio.

Hasta que lo hizo Callowan.

—Habrás que ver nuevamente a Lam y decirle que no se exponga demasiado. No creo, no obstante que se atrevan a atacarle

directamente, ya que eso podía ser su pérdida, aunque en el interior del circo, y dando de comer a esas fieras, podían muy bien simular un accidente... y eso es precisamente lo que temo.

—¿Qué he de decirte entonces?

—Que tenga muchísimo cuidado, necesitamos pruebas y es él el único que puede proporcionárnoslas pronto.

Encendió un nuevo cigarrillo y mirando fijamente a su interlocutor dijo:

—Tú ya puedes irte, Jimmy... Ve a ver a Curtis y prevenle del peligro que le acecha. Yo voy a hacer una investigación para ver si encontramos el oro desaparecido de la caja fuerte de Cowler. Es completamente imposible que lo hayan metido en el circo.

* * *

Desde que supo, por los labios de su informador, que el cadáver del banquero había sido encontrado en estado de esqueleto, Lam se dio cuenta de la gravedad del asunto y de la intuición de Callowan, al que, según parecía, nada se le escapaba.

Verdad que al principio, cuando le dieron aquella misión, creyó, a pies juntillas, que lo hacían para irle acostumbrado al servicio, para adentrarle en su trabajo, confiándole, algo que respondía perfectamente a su calidad de «novato» en la Spacial International Police.

Pero ahora...

Se daba cuenta de que el trabajo que le habían encomendado era de primera categoría y que debía cumplirlo con el máximo celo, demostrando a Callowan que había elegido bien.

Sonrió.

Todo aquello era perfecto, pero se daba cuenta de que le faltaba experiencia. Y no solamente eso. El problema era complicadísimo y necesitaría mucha astucia para descubrir cómo habían logrado sacar a la babosa filante del recinto de Luna Park, sin que la vigilancia policíaca se hubiese dado cuenta de ello.

Oyó a Lewis lavarse en la ducha vecina, percatándose de que era la hora de levantarse; pero, en contra de todos sus buenos deseos, una especie de pereza somnolencia le retenía en el lecho.

Hasta que el negro apareció, frotándose la ebúrnea piel con una toalla.

Le gritó:

—¡Eh, perezoso! Debes levantarte.

—Ya voy.

El negro sonrió.

—No sé lo que haría sin tu ayuda, John. Pero ya sabes que no me acercaría a la jaula de ese monstruo por todo el oro del mundo.

Curtis se lanzó fuera del lecho, pasando a la ducha y saliendo de ella pocos momentos después. Se vistió y se dirigió, en compañía del negro, al comedor donde ya les habían servido el desayuno.

—¿Sabes que han cambiado a Thula de sitio? —Inquirió Lewis.

Lam arrugó el entrecejo.

—¿Es verdad?

—Sí. Lo oí anoche. Fue una orden especial de la señorita Kleber.

Lam no dijo nada, pero se puso a reflexionar. El motivo de aquella orden le aparecía claro, ya que pensaba que Sonia no deseaba que el hecho del día anterior se repitiese, puesto que no quería que nadie diese de comer a escondidas a la babosa.

¿Ignoraría de verdad que lo que había comido Thula era muy distinto a la carne que él le daba como pasto cada día?

Luchaba desesperadamente para evitar pensar en una probable culpabilidad de la muchacha; pero, no obstante, a pesar de desearlo con toda la fuerza de su alma, tenía que tenerlo en cuenta. Así se lo habían enseñado en la Escuela de la SIP: «Una persona deja de ser sospechosa cuando se demuestra claramente su inocencia; mientras, pase lo que pase, hay que seguir considerándola como culpable».

Salieron poco después y fueron a dar la comida a los carnívoros. Ayudado por Lewis, el joven se lanzó al trabajo, procurando alejar de su mente las ideas que le preocupaban.

Después de terminar con los animales que seguían en su lugar de siempre, Lam se informó del sitio donde habían colocado a la babosa, viendo que se trataba de un pasadizo metálico, bastante oscuro, de la superestructura de la cúpula que recubría el recinto del circo.

Lewis le ayudó a llevar el carro-vagoneta con los tres cerdos que habían de sacrificarse aquel día como todos, al apetito voraz de la repugnante babosa.

La sombra estaba agazapada en el interior del semioscuro pasillo donde había sido llevada Thula. Esperaba en silencio con un brillo decidido en sus pupilas.

Desde donde estaba escondida la silueta confusa, podía ver la pared de cristal de la jaula enorme de Thula y hasta adivinar el cuerpo mucoso de la criatura joviana. Un poco hacia la izquierda estaba la puertecilla por la que, por medio de un mecanismo basculante eran echados los puercos al interior del habitáculo de la babosa.

La silueta esperaba.

El silencio era completo y nada se oía más que el rumor lejano de los alternadores que hacían moverse las maquinas que limpiaban, de arriba abajo cada mañana, el interior de la sala de espectáculos. Fuera de aquel sonido lejano, sólo la respiración de la silueta agazapada en la sombra era perceptible.

Poco a poco, el ruido del motor de la vagoneta detuvo a la entrada del túnel metálico.

—¿Sigues guiándola, Lewis? —Se oyó.

Y después de una corta pausa:

—Como quieras. Pero no esperes que me quede contigo.

La otra voz juvenil dejó oír una carcajada breve.

—Está bien. Guíala hasta dentro y déjala donde quieras. Vuelvo en seguida. Me he quedado sin cigarrillos.

—No tardes.

—No.

Se oyeron pasos que se alejaban y, a poco, el motor de la vagoneta se puso en marcha y el sonido de los neumáticos, al pasar a la superficie metálica del suelo, cubrió los demás ruidos.

El vehículo avanzaba lentamente, ya que el pasillo de aluminio describía una curva bastante cerrada. Poco a poco, la vagoneta fue adentrándose en la zona oscura, hasta que se detuvo no lejos de la jaula de la babosa.

La silueta se movió imperceptiblemente.

Lewis saltó del vehículo, echando una mirada a la jaula. Sus ojos estaban muy abiertos y hubiese salido corriendo de no tener que esperar a su compañero.

No podía evitarlo.

La proximidad de aquel monstruo, estaba íntimamente ligada,

en su mente, al recuerdo imborrable de la única vez que le había visto devorar un cerdo. Desde entonces Lewis, sin poder hacer nada por escapar a aquella maléfica influencia, soñaba muy a menudo con aquella escena, despertándose angustiado, con el cuerpo cubierto de un pegajoso sudor helado.

Miró hacia la salida, invisible desde aquel sitio, deseando que John llegase cuanto antes.

La sombra, que ya era más visible, dejaba ver la cachiporra que llevaba en la mano derecha. Paso a paso, sin el menor ruido, avanzó hacia el negro, que, completamente inmóvil, conteniendo incluso la respiración, hacía lo imposible por contener el pánico que se había apoderado de él.

La distancia entre la silueta y el negro se redujo al mínimo.

Entonces, bruscamente, la silueta alzó la mano armada, descargando un fuerte golpe contra la cabeza de Lewis, que, con un ahogado gemido, cayó al suelo, sin sentido.

La silueta se inclinó, agarrando al negro por los brazos. Tiró de él, arrastrándolo hacia la entrada de la báscula que servía para dar los alimentos a Thula.

No le costó mucho trabajo colocar el cuerpo del desdichado Lewis sobre la plataforma de vidrio. Al oprimir el botón, el cuerpo del negro pasó al interior y Thula, que debía haber percibido el sonido conocido, babeó, escurriéndose ante su víctima para empezar a emitir sus tentáculos viscosos.

La silueta contempló la escena, sin pestañear. Una sonrisa flotaba ligeramente en sus labios.

Entonces se oyó una voz:

—¡Lewis!! ¡Ya estoy aquí!

Al oír la voz de Lam, la silueta se animó con un movimiento de sorpresa; luego, decidida, lanzó un alarido de terror y salió corriendo hacia la salida, sin dejar de gritar.

Parecía ir tan ciega que cayó en brazos de Lam, que, al oír los gritos, penetraba velozmente en el interior.

—¡¡Señorita Kleber!!

—¡Ha sido horrible, amigo mío!

—¿Qué ha ocurrido? ¿Y Lewis?

—Cayó en la báscula, al tropezar conmigo... ¡Yo he tenido la culpa!

—Pero...

—¡Sí, toda la culpa ha sido mía! Yo caminaba desde el fondo, deseando asistir a la comida de Thula esta mañana, entonces, debido a la poca luz, tropecé con ese desdichado..., que cayó sobre la báscula... ¡Es espantoso, horrible!

Separándose de ella, Lam corrió hacia el interior, deteniéndose ante la jaula.

Un estremecimiento le recorrió la espalda.

Lewis era ya completamente invisible.

La babosa lo rodeaba por completo y Curtis sabía el espectáculo que se le iba a presentar cuando Thula dejase de devorar glotonamente la carne del negro.

CAPÍTULO VII



AS tres notas, todas ellas con carácter urgente, llegaron al despacho de Callowan con muy poco intervalo. Procedían de puntos distintos, pero contenían, en esencia, los mismos escalofriantes datos.

La primera de ellas procedía de la Central de Policía de Boston y su contenido era el siguiente:

«Uno de nuestros agentes descubrió en el día de ayer, en una de sus rondas por la ciudad, un vehículo abandonado. Al acercarse, vio con sorpresa que dentro, en el asiento del conductor, había un esqueleto. Trasladados los restos a nuestro laboratorio y practicadas las diligencias pertinentes, siguiendo las órdenes de su circular 99472, se llegó a la conclusión de que el esqueleto pertenecía al nombrado Thomas Arston, de 53 años de edad, con domicilio en esta ciudad y de profesión abogado. Adjuntamos informe médico

legal del examen de dicho esqueleto, con observaciones especiales respecto a su origen...».

La segunda nota venía de Chicago:

«Mary Cutler, ama de llaves, se presentó ante esta Central, con una fuerte crisis de nervios, teniendo que ser trasladada a una clínica donde dio detalles de haber descubierto, en la mañana del 17 y en su cuarto de baño, que hubo de forzar ayudada por algunos vecinos, un esqueleto humano que, después de los exámenes periciales, a los que han ayudado su fórmula dentaria, ha resultado ser el de Lewis Colper, de 48 años de edad, anticuario muy conocido en esta ciudad. Los exámenes forenses, etcétera...».

La última había llegado de Baltimore:

«Un guarda forestal, al que se había comunicado la llegada de un vehículo con tándem de *camping*, fue a saludar a sus ocupantes, no encontrando, en la tienda de campaña ya preparada, más que un esqueleto humano. Alertadas las autoridades locales, el esqueleto fue trasladado a esta ciudad y examinado por los médicos. Se ha probado, sin ningún género de dudas, los informes que le adjunto lo demuestran, que se trata de los restos de William Murphy, de 51 años de edad, médico de Baltimore. Siguiendo las instrucciones de su circular 99472, etcétera, etcétera...».

Sin dudarle ni un solo momento, Callowan examinó el cuaderno que había sido encontrado en el piso del banquero Cowler, el primer esqueleto que se había encontrado. No se sorprendió al ver que los hombres de la lista coincidían con los que se le comunicaban en los informes policiales.

Llamó a Stone.

—Como ves —dijo, después de hacerle leer los informes policíacos—, el asunto empieza a orientarse despejando la nebulosa que sobre él había.

—¿Venganza?

—No hay duda alguna. Ahora acabo de telegrafiar a esas ciudades, pidiendo, con urgencia máxima, informes personales de los muertos.

—¿Cree posible que se trate de una banda de la que los asesinos tomaron parte en cierto momento?

—Ésa es una de las hipótesis. Pero pasemos a tu trabajo. Quiero que, en el menor tiempo posible, y para eso te proporcionaré todos los medios que necesites, encuentres, sea como sea, a una mujer llamada Dorothy Smilan.

—¿La última de la lista?

—Sí. Ya te darás cuenta de que hay que moverse antes de que nos comuniquen que se ha hallado su esqueleto. Si la encontramos a tiempo, podremos descifrar el problema y hacer unas cosas más..., pues tengo un plan.

—¿Puedo saber en qué consiste?

Donald sonrió.

—Por el momento, prefiero guardarlo para mí. Ya sabes que no me gusta hablar de planes mientras no llega la ocasión de ponerlos en práctica. Vas a salir en busca de esa mujer y cuando la encuentres, no te separes de ella y me lo comunicas a toda velocidad.

—Entendido.

—Yo voy a ir al circo, pero esta vez lo haré de una manera oficial. Tengo que poner las cartas sobre la mesa.

Se levantó, dando las últimas instrucciones a Jimmy y luego salió, tomando su coche, que se detuvo, momentos más tarde, en el aeródromo, donde tomó un avión para Nueva York.

Cuando el taxi que le condujo desde la Guardia se detuvo ante la entrada del Circo Espacial, Donald se dijo que, por el momento, no podía acusar claramente a nadie. Le faltaban las pruebas, pero era necesario que tomase ciertas medidas, ya que había de hacer lo imposible para salvar la vida de Dorothy Smilan, la última de la lista. No podía permitir que le ocurriese nada, aunque su plan particular se viniese abajo y tardase muchísimo más en descubrir la verdad.

Mientras se hacía conducir por un empleado al carromato del director del circo, Callowan repasó mentalmente a los responsables

de aquel espectáculo, preguntándose quién sería el culpable.

¿El director? ¿Su hija? ¿El domador? ¿El cazador?

Cualquiera de ellos podía serlo e incluso todos juntos. Hacía muchos años que se conocían y era casi imposible que no se hubiese establecido entre ellos una corriente de amistad capaz de hacer que se comunicasen todos sus secretos.

Por desgracia, los informes que había logrado respecto al pasado de aquellas personas, durante su estancia en la Tierra, diez años antes, no esclarecían absolutamente nada.

Martin Kleber había tenido una existencia normal, casi inadvertida e igual ocurría con Fred Cunnigan, el cazador. Respecto al domador, Tom Ferguson, y la hija del director, Sonia, eran demasiado jóvenes diez años antes para poder pensar en algo sospechoso.

Aquellos detalles circunscribían el círculo de la culpabilidad, claro que de una manera relativa, ya que un hijo o una hija pueden tomar como suya la venganza que, años antes, podía haber dañado a sus mayores.

Al hacer saber la identidad a la secretaria del director, éste lo recibió inmediatamente y Callowan se encontró en un imponente despacho, cuyos muros, que eran los del carromato, se hallaban repletos de fotos en las que se reflejaban escenas de cacerías interplanetarias en paisajes de pesadilla.

—Tome asiento, por favor, señor Callowan.

Así lo hizo el visitante, aceptando después el vaso de «whisky» que Kleber le ofreció, con la mejor de sus sonrisas. Una vez se encendieron los habanos, que el director ofreció también.

—Ahora puede decir en qué puedo servirle —dijo Martin.

Donald miró al otro fijamente.

—No es nada agradable lo que tengo que comunicarle, señor Kleber. Y voy a ser lo más breve posible. Hace unos días descubrimos el esqueleto de un hombre en Nueva York, tres más han sido descubiertos en distintos puntos del país.

—No comprendo...

—En seguida lo entenderá. El examen médico forense de esos restos ha demostrado que se trataba de esqueletos recientemente descarnados; es decir, que «alguien» les había reducido a una pura osamenta..., alguien que había devorado su carne, dejando los

huesos.

—¿Y usted cree que...?

—Un momento. Ya le he dicho que los esqueletos, que han sido detalladamente examinados, ofrecían esa extraña particularidad. En los archivos de la policía americana, éste es el primer caso en que los cadáveres ofrecen ese particular aspecto.

»Por otra parte, uno de nuestros agentes, cuya identidad conocen ustedes ya, gracias a uno de esos animales planetarios, creo que le llaman “Duende”, uno de nuestros agentes, repito, que fue enrolado entre el personal que ustedes pidieron a una agencia de trabajo neoyorquina, nos ha comunicado que la babosa filante, a la que ustedes llaman “Thula”, es el único ser capaz de reducir al estado de esqueleto a cualquier ser viviente que sea puesto a su alcance. ¿Es verdad?

—Sí, pero...

—Déjeme terminar, por favor. No creo que exista nada ni nadie que pueda hacer lo que esa «Thula». Por lo tanto, señor mío, las conclusiones se imponen de la manera más lógica.

Hubo un silencio y Donald notó que el director había palidecido. Pero aquella reacción no duró más que unos pocos segundos.

—Todo eso, señor —dijo Kleber—, es completamente imposible.

—¿Por qué?

—Porque Thula no se ha movido del circo desde que llegamos a la Tierra. Ustedes mismos, gracias al cordón de vigilancia que han establecido, se habrán percatado de que ha sido así.

—Por desgracia, no puedo demostrarle lo contrario; pero, de todos modos sólo Thula ha podido ser capaz de hacer eso... a menos...

Se interrumpió.

Sus ojos brillaron con intensidad súbita.

—¿A menos de qué...? —Inquirió el otro.

—A menos que las víctimas no hayan sido trasladadas al circo y sacadas después en estado de esqueleto...

—¡Eso es una enormidad señor mío! ¿No se da cuenta de que está acusando a mi hija que es la única que se ocupa de Thula?

—Yo no acuso a nadie por el momento señor Kleber; es decir, acuso a Thula.

—Todo esto es horrible. No puedo concebir que alguien utilice a

ese animal para cometer asesinatos. Además, señor Callowan, creo que olvida que llevamos muchos años fuera de la Tierra y que durante nuestra larga ausencia no hemos mantenido relaciones con nadie.

—¿Y antes?

—¿Antes? En lo que respecta a mí, tenía unas propiedades, un rancho en Virginia.

—¿Por qué lo dejó?

Martin entornó los ojos, como si deseara ver el lejano pasado, perdido en la niebla del tiempo.

—Un día recibí la visita de un hombre. Estaba lleno de entusiasmo y sus proyectos me encantaron. También tenía dinero y con lo que yo obtuve fletamos una astronave, nuestra primera astronave, saliendo en busca de animales planetarios.

—¿Y ese hombre era...?

—Fred Cunnigan, nuestro cazador.

—¿Y Tom?

—Iba con él. Tom no era entonces más que un niño de doce años. Fred me contó que lo había recogido y que deseaba tenerle a su lado. Partimos, los cuatro, dedicándonos a la caza y al adiestramiento de las fieras que íbamos capturando. Ya sé que puede preguntarme cómo pudimos subsistir tanto tiempo. Pero ayudamos a las compañías interplanetarias, vendimos planos de regiones que sólo nosotros conocíamos y cuando tuvimos la colección completa de animales, dimos representaciones en las Bases militares y de pioneros en los planetas. Tuvimos mucha suerte y en estos últimos seis años conseguimos ganar lo suficiente para poder realizar el más querido de nuestros sueños: traer el Circo Espacial a la Tierra. Hemos luchado demasiado para que ahora, por algo que no llego a comprender, se hunda todo lo que tanto nos ha costado. ¿Lo entiende usted, señor Callowan?

—Perfectamente. Pero ahora es usted quien tiene que entender que se han cometido cuatro monstruosos asesinatos y que mi deber es descubrir el autor, o los autores, para ponerles a disposición de la Ley.

—Claro está.

—Por el momento, todo lo que deseo saber es si está usted dispuesto a colaborar conmigo; es decir, con la SIP, o tendré

necesidad de recurrir a mandamientos judiciales, lo que podía ser muy perjudicial para el Circo.

—No, eso no. Yo colaboraré en cuanto pueda. Dese cuenta de que todo lo que poseo está aquí.

—Bien. Lo primero que hay que hacer es separar a Thula de los demás animales.

—Ya está hecho.

—¿Eh?

—Sí. Mi hija lo ordenó. Observó ciertas anormalidades en el comportamiento de la babosa, quizá influida por los otros animales. Sonia pone su vida en peligro cada noche y debe tener muchísimo cuidado.

—Lo comprendo; pero, a partir de esta noche, su hija no tendrá nada que temer: Thula no saldrá más al circo.

El otro se mordió los labios.

—Está bien.

—Thula será vigilada por fuerzas de la policía de la ciudad de Nueva York. Nadie, en absoluto, podrá acercarse a esa bestia. Es la única manera, mientras proseguimos las investigaciones, de evitar nuevas desgracias.

—Estoy de acuerdo con usted; pero, señor Callowan, sigo sin comprender cómo puede haber alguien que haya utilizado a Thula...

—Ésa es mi misión. Tarde o temprano, sabremos la verdad: de eso no dude, señor Kleber.

—Cuenta con mi ayuda.

—Muchas gracias. Ahora una pregunta: ¿No le han contado sus compañeros absolutamente nada respecto a ciertos disgustos que tuvieron en la Tierra antes de salir para el espacio?

—No. Sólo Cunnigan podía haberme dicho algo, ya que Tom no era más que un niño. Pero no me dijo nada.

—¿Conoce usted o ha oído nombrar algunos de estos nombres? James Cowler, William Murphy, Thomas Arston, Lewis Colper y Dorothy Smilan...

—No, no me recuerdan a nadie.

—De acuerdo. Cuento con usted, señor director. Ahora voy a visitar al cazador y al domador. Luego hablaré con su hija.

De la conversación con los dos hombres, tal y como esperaba, no

logró nada en claro. Ninguno de ellos conocía los nombres de la lista ni habían oído hablar jamás de ellos.

Luego se dirigió al carromato azul, donde Sonia, un tanto nerviosa, le recibió.

La muchacha dejó que Callowan se explicase; pero, cuando le habló de Thula, tomó una actitud de ofendida:

—¡Thula no ha salido de aquí, señor Callowan!

—Ya lo sé, señorita Kleber, pero esas personas han muerto de una manera que no podemos explicar sin culpar a la babosa. Además, han podido traer a las víctimas al circo.

—¡Es horrible! Pero, de todos modos, John Caster, ese agente suyo, le habrá dicho que nadie se acercó a Thula.

—¡Ah! ¿También sabe usted que John es mi agente?

—Todos lo sabemos.

—¿Dónde está ahora?

Ella se mordió los labios; después, las lágrimas aparecieron en sus ojos; luego con voz trémula, dijo:

—No lo sé... señor. ¡John y Lewis, el negro, han desaparecido! Les he buscado por todas partes, pero no los he encontrado.

El fino olfato de Callowan le hizo percibir la existencia de una catástrofe que debía haber estallado, sin que él pudiera hacer nada para evitarla.

* * *

Aquella noche, los espectadores habituales del Circo Espacial echaron de menos la presencia de la babosa filante y el trabajo de la bella domadora.

El cazador, desde el micrófono, comunicó que una indisposición de Sonia había obligado a modificar el plan del espectáculo.

Callowan asistió a la función después de haber estado presente en las operaciones policíacas que se desarrollaron para aislar completamente a Thula. Alrededor de su nueva jaula un doble cordón de policías, armados hasta los dientes, impedían que nadie se acercase al lugar. Sólo los nuevos empleados que, desde la ausencia del negro y Lam Curtis, habían sido encargados de dar de comer a la babosa, lo hacían, siempre en presencia de un sargento que, con dos números, asistía a la desagradable escena del sacrificio de los cerdos.

Donald no notó nada anormal en el comportamiento del joven domador, que trabajó como todas las noches. Tampoco el cazador parecía nervioso o preocupado.

Callowan sí lo estaba.

Sus sospechas se habían concentrado en las dos únicas personas que, diez años antes, podían haber tenido disgustos serios en la Tierra: Kleber, el director, y Cunnigan, el cazador. Naturalmente, Sonia y Tom podían jugar, igualmente, un papel importante en el asunto, ya que era normal que se hiciesen cargo del espíritu de venganza que, por un motivo desconocido, impelían a sus mayores.

Acabada la función, Callowan se dirigió al hotel, ya que pensaba quedarse momentáneamente en la ciudad. Esperando ansiosamente noticias de Jimmy Stone, pero el recado que le dieron en el hotel le hizo telefonear al jefe de policía de Nueva York.

—Aquí, Callowan.

—Buenas noches, señor. Tengo algo urgente para usted. Ha aparecido un nuevo esqueleto en una pensión, al norte de la ciudad. No hemos logrado identificarlo por el momento, pero las características del esqueleto son idénticas a las de los otros. ¿Quiere venir a verlo?

—No. Voy a descansar un rato. Mañana pasaré por ahí.

—Como usted quiera.

Donald colgó, dejando la mano sobre el combinado. Una fuerte y profunda arruga, en forma de «H», había aparecido en su entrecejo.

Había estado en el circo: todos los culpables permanecieron allí, ante él. Thula estaba encerrada y vigilada de una manera que no podía obrar en ningún sentido. Sólo Sonia no había estado presente, así como su padre; pero ¿qué podían hacer para reducir un cuerpo al estado de esqueleto?

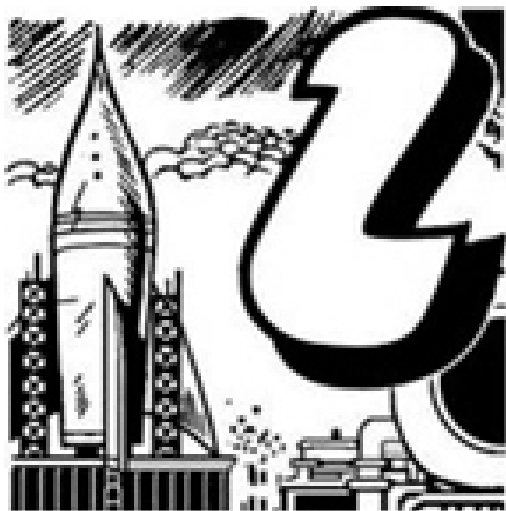
Sin embargo, un hombre había sido muerto, asesinado, aquella noche. Y su esqueleto, su osamenta, como en los otros casos, había aparecido cuando los «culpables» y los «sospechosos» habían permanecido bajo el control de la policía y la Spacial International Police.

Callowan se pasó la mano por la frente.

Un sudor helado perlaba la piel.

—Voy a volverme loco —musitó, entre los apretados dientes—. Nunca estuve ante un problema tan disparatado como éste...

CAPÍTULO VIII



A señorita Dorothy Smilan terminó de ver el programa femenino de televisión, que daban todos los jueves. Apagó el aparato y volvió a su sillón.

Estaba un poco cansada aquella tarde. Después del almuerzo y cuando se disponía a echarse un poco, como de costumbre, recibió la visita de unas amigas suyas, que la entretuvieron hasta cerca de las cinco, cuando el programa televisado empezaba.

Por fortuna, Dorothy pudo verlo a solas, como le gustaba.

Ahora tenía que dar de comer a sus animales.

Se incorporó, con un suspiro, pasando a la habitación vecina en la que tenía las jaulas de sus pajaritos. Soltera y gozando de unas rentas saneadas, había encontrado en sus «protegidos» una válvula de escape para su personalidad que, en otras circunstancias, hubiese hecho una buena esposa y una excelente madre.

Pero ella no había encontrado al hombre que el destino debía

haberle proporcionado.

Ahora, penetrando ya en la zona de la cincuentena, las pocas ilusiones que podía poseer se habían desvanecido definitivamente, dando paso a una serenidad de espíritu, cuya exuberancia frenaba el cuidado de todos los animalitos de los que había sabido rodearse.

Pájaros, gatos, perros. Su casa era una verdadera «menagerie», un zoo en pequeño. Y ella estaba orgullosa de ello, complaciéndose en dedicar su vida a aquellos indefensos seres que dependían de sus cuidados y cariño exclusivamente.

Iba a empezar la distribución de piensos cuando el teléfono, en el saloncito, se dejó oír, con estridencia.

Suspirando de nuevo, la buena señorita Smilan fue hacia el aparato, que hacía un ruido endiablado.

—¿Diga?

—¿Señorita Dorothy Smilan?

—Sí. ¿Qué desea?

—Tengo un recado urgente para usted.

—¿De quién?

—¿Recuerda a James Cowler?

Hubo un silencio y el entrecejo de la mujer se frunció, un tanto profundamente.

Luego preguntó:

—¿Se refiere usted al banquero Cowler?

—Sí. ¿Le recuerda ahora?

—¡Naturalmente! Hace muchos años que no le veo, pero no le he olvidado. ¿Le ocurre algo malo?

—Lamento decirle, señorita, que se encuentra en una situación apuradísima... No, no tema, no se trata de dinero. El señor Cowler sigue siendo muy rico.

—¿Entonces...?

—Se trata de otra cosa, señorita. Algo personal. El señor Cowler está gravísimamente enfermo.

—¡Pobrecillo!

—Los médicos no tienen esperanza de salvarlo... y él lo sabe.

—¡Dios santo!

—Por eso ha llamado a sus viejos amigos. A todos. Ya están a su lado: Murphy, Arston, Colper...

Ella sonrió, emocionada por los recuerdos que aquellos nombres

despertaban en su mente.

—Mis buenos amigos... —musitó.

—Yo estoy en un coche, a poca distancia de su casa. Si quiere, iré a buscarla ahora mismo. Su amigo Cowler la espera con muchísima impaciencia.

—¡Voy a prepararme en seguida, señor! Puede venir. ¿Conoce mi dirección?

—Sí.

—Llamaré a mi vecina para que se ocupe de mis animalitos. Dentro de diez minutos estaré dispuesta. ¡Pobre señor Cowler!

La señorita Smilan se preparó, como había prometido, encontrándose, con un pequeño maletín, en la puerta de su chalet.

Un vehículo negro la esperaba.

Momentos después, el coche se ponía en marcha, tomando una de las carreteras del Norte y desviándose después hacia el este, hacia Nueva York.

* * *

Nada más ver la expresión cariacontecida en el rostro de Jimmy, Callowan se dio cuenta de que éste había fracasado.

—Ya no estaba en su casa, señor.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Una vecina, a la que dejó el encargo para que vigilase sus animales, me dijo que había salido urgentemente para Nueva York donde un viejo amigo suyo, el señor Cowler, según dijo la vecina, estaba gravemente enfermo.

Donald asintió.

—Lo de Cowler nos demuestra que se trata de la misma señorita Smilan. Ha sido una mala suerte que hayamos llegado tarde.

—Yo también lo lamento, señor.

—Al adelantársenos, los criminales logran su último objetivo; al menos por el momento, ya que el nuevo esqueleto encontrado en la ciudad no creo que se relacione en nada con la lista del cuaderno del banquero.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que esa nueva muerte, que nada tiene que ver con la lista, demuestra la fanfarronada de esa gente. Ahora que tenemos encerrada a Thula y que es completamente imposible que esa

babosa salga o que nadie llegue hasta ella, quieren demostrarnos que nada les importan las medidas que hemos tomado.

—Pero si Thula no lo hace, ¿cómo explicar...?

—El problema no ha hecho más que complicarse. Nosotros no conocemos a los animales que han traído de los planetas.

—¿Cree usted que otro podría hacer lo de Thula?

—No es probable. Yo he asistido a todas las representaciones, desde hace unos días, y no he visto a ninguno como la babosa. Por otra parte, examinando los restos de la comida de los carnívoros: Elena, la ventosa de Venus y Trak, el reductor de Neptuno, me he podido dar cuenta de que devoran a sus presas de la misma manera que los animales terrestres, dejando restos y destrozando los huesos, como un león o un tigre. No, ninguna de esas bestias hace lo que Thula.

—¿Entonces?

—Estamos ante un misterio mucho mayor que el que nos imaginábamos al principio. ¡Si Lam no hubiese desaparecido!

—¿Le cree muerto?

—Todo es posible, aunque no creo que hayan cometido el error de matarlo. Sería la perdición del Circo. Mi idea es que le han ocultado, quitándole momentáneamente de la circulación para evitar que dijese lo que sabía.

—¡Pero eso es un rapto de un agente!

—Ya lo sé; pero ¿cómo demostrarlo? Hemos registrado el circo de arriba abajo, sin encontrar absolutamente nada. Tampoco hay nadie enterrado en la zona de Luna Park. En cuanto a la posibilidad de que hubiesen lanzado el cadáver de Curtis al mar, es imposible. La vigilancia policíaca por ese sitio es tan estrecha, desde el primer día, como por el lado de tierra.

»Yo creo que todo el misterio reside en la forma en que los culpables se burlan de la vigilancia de tierra. Me he metido en la cabeza de que poseen medios especiales para engañar a la policía que vigila la salida del circo. Además, al final de las funciones, el chorro de gente es tan intenso, que hubiesen podido sacar a Lam sin que nos diésemos cuenta.

Hubo una pausa.

—Tú vas a sustituirle. Quiero que vigiles al director y al cazador, los culpables más directos. Es imposible que dejen de cometer un

error. Y, por pequeño que sea, será para nosotros la ocasión de descubrir lo que deseamos. ¿Me dejas un momento tu pluma estilográfica? No sé dónde he dejado la mía.

Jimmy se la entregó.

—Voy a quedarme a escribir un informe —dijo Donald—. Tú ya puedes ir hacia el circo y empezar tu trabajo. Cada noche, después de terminada la representación, vienes aquí, al hotel, para informarme de lo que sepas.

—Así lo haré.

—Y ten mucho cuidado. Tú no eres nuevo como lo era Lam. Contigo no podrán.

Stone sonrió, halagado.

—Haré lo posible, señor.

Y salió.

Acaba apenas de quedarse solo y se disponía a escribir, cuando el teléfono sonó sobre la mesa.

—¿Diga?

—Del comisariado, señor. Se han descubierto tres cadáveres más.

—¿Como siempre?

—Sí.

—¿Los han identificado?

—Sí. Se trata de una mujer y dos hombres. Ella era dueña de un bar y ellos, los dos, vendedores ambulantes.

—¿Años?

—Treinta y tres, veintinueve y veintitrés, respectivamente.

—Está bien. Gracias.

Y colgó.

Sus ojos brillaban de una manera extraña.

«Nuevos errores —pensó—. Errores que demuestran que o están furiosos o demasiado seguros. Pero, por desgracia, errores que no nos conducen a ninguna parte, sino a perder unas vidas humanas que podían haberse salvado si la señorita Smilan hubiese caído en nuestras manos...».

* * *

El hombre encargado de dar la comida a Thula preparó la vagoneta, con los tres cerdos vivos. No le gustaba su trabajo, pero

estaba bien pagado y, además, la presencia de la policía junto a la jaula le ofrecía seguridades que paliaban un poco el terror que se apoderaba de él cada vez que debía dar de comer al monstruoso animal.

Si no hubiese sido por el sueldo...

Su compañero se había puesto enfermo, desde el primer día, al ver la forma en que Thula convertía los puercos en esqueletos y él, en un momento de estúpido orgullo, había dicho que era capaz de hacer solo aquel trabajo, si es que le daban la parte de su amigo.

Ahora se arrepentía de haberse mostrado tan valeroso.

Pero, de todos modos, agradecía que la policía estuviese allí, ya que de otro modo hubiera presentado la dimisión inmediatamente.

Iba a poner el motor en marcha cuando un hombre joven, al que conocía de vista, ya que no había asistido a representación alguna, se acercó a él. Por los carteles de propaganda reconoció al domador.

—¡Hola, buenos días! —saludó el otro.

—Buenos días, señor.

—¿Va a dar de comer a Thula?

—Sí.

El domador sonrió.

—¿Sigue siempre con el mismo apetito?

—Eso parece, aunque es bastante desagradable verla comer.

—Lo supongo. ¿Quiere un trago? Tengo un *whisky* excelente, capaz de hacerle olvidar todas las babosas del universo.

El hombrecillo sonrió. Había pensado, muchas veces, traer consigo una botella, pero le dijeron que estaba terminantemente prohibido.

—No me desagradaría, señor.

—Venga. Mi carromato está aquí cerca.

El hombre no pudo encontrar la fuerza de rehusar y siguió al domador, penetrando momentos después en el elegante carromato donde Tom le sirvió una ración generosa.

—Yo también voy a beber —dijo, sirviéndose medio vaso.

El calorcillo del *whisky* entonó el cuerpo del hombre, cuyas energías parecieron centuplicarse en pocos instantes. Después de beber el segundo vaso, se levantó, prudente.

—Muchas gracias, señor. Hoy creo que estaré muchísimo más tranquilo.

—Mejor.

—Adiós y gracias otra vez.

—Adiós.

Salió el hombre y el domador encendió un cigarrillo.

Una sonrisa extraña flotaba en sus delgados labios.

Momentos más tarde, alguien abrió la puerta y la silueta maciza de Fred Cunnigan, el cazador, apareció en el dintel. También sonreía y después de cerrar la puerta tras él, se acercó, dejándose caer en uno de los cómodos sillones de la estancia.

—¿Has tenido tiempo? —inquirió el joven.

—El suficiente. Suerte que los animales no habían comido.

—Ya procuré ayer, cuando los trajeron, que no tomasen nada. ¿Crees que notarán algo?

—Imposible. El veneno no actúa hasta después de media hora de haberlo tomado. Estarán en el interior de Thula cuando haga su papel.

—¿Estás seguro que morirá?

—¿Thula?

—Sí.

—¡Naturalmente! Necesitamos que esa bestia desaparezca, justo cuando hemos terminado la misión.

—¿Y la vieja?

Cunnigan cerró los puños.

—Se nos ha escapado. ¡Y ella fue la más culpable de todo!

—Podríamos encontrarla.

—No lo creo. Es muy difícil. Lo que nos interesa ahora es realizar la segunda parte del trabajo. Sonia es la única que se cuida de Thula. Ayer, por verdadero milagro pudiste vigilar a los cerdos e impedir que les diesen de comer y beber. Si Thula muere ahora, al mismo tiempo que las muertes cesan, la policía tendrá que llegar a una conclusión lógica. Kleber no podrá parar el golpe y el circo será nuestro. En cuanto lo consigamos, nos iremos con él a Europa y lo explotaremos por nuestra cuenta, sin preocupaciones, ya que tenemos fondos disponibles en cantidad.

Tom sonrió.

—No está mal el plan —dijo.—

Fue en aquel momento cuando alguien arañó la puerta interior del carromato. Una puerta que daba a las «habitaciones» de dentro.

—Algo le ocurre a «Duende» —dijo el domador.

—Ve a ver —ordenó el otro.

El joven penetró en el interior de la estancia pecina, saliendo poco después.

—Uno de la SIP se acerca al carro —dijo.

—¿Cómo se llama?

—Jimmy Stone. Es ayudante del jefe.

—Mejor que mejor. Pasa adentro y no te muevas del lado de «Duende». Si te das cuenta de que ese Stone sabe mucho, me lo dices, saliendo en el momento oportuno.

—No irás a matarlo, ¿verdad?

—No estoy tan loco. Un agente de la SIP es algo sagrado. Pero tengo una idea luminosa. Lo importante es que ese Stone sepa algo. Y, aunque no supiese exactamente lo que nos interesa, lo sabremos.

—¿Quieres...?

No hizo falta que dijese más.

—Sí. Eso mismo. ¿No te das cuenta?

—¡Será divertidísimo!

—Desde luego.

En aquel preciso instante llamaron a la puerta.

—Debe de ser él —dijo Cunnigan en voz baja—... ¡Ve junto a «Duende»!

El joven obedeció y Fred se dirigió hacia la puerta, abriéndola.

—¿Qué desea? —inquirió, al ver al desconocido.

Jimmy, que era el visitante, se pasó la mano por la frente.

—Quería hacerle unas preguntas, señor Cunnigan.

—Pase, por favor.

Stone lo hizo, sentándose en uno de los sillones.

Estaba perplejo.

Porque no entraba en sus proyectos el visitar al cazador, aunque algo extraño y más poderoso que su voluntad le había empujado irresistiblemente a hacerlo.

CAPÍTULO IX



UANDO, después de la función de la noche, Donald se dirigió al hotel que ocupaba en Nueva York, Jimmy le esperaba ya en la habitación.

La expresión de su rostro era cariacontecida.

—¿Un cigarrillo? —ofreció Callowan.

—Sí. Gracias. Creo que lo necesito.

Se sentaron y el agente, después de expulsar una bocanada de humo azul, dijo:

—Tengo malas noticias, señor.

El otro frunció el entrecejo.

—¿Qué ha pasado?

—Thula.

—¿Se ha escapado?

—No. Ha muerto.

—¿Eh?

—Murió, esta noche, reduciéndose a una especie de pasta grisácea. La policía espera órdenes tuyas para hacer algo. Iban a decírselo, pero les dije que yo lo haría.

Hubo una pausa; después, Donald, positivamente afectado:

—¡Thula ha muerto! Han debido hacerlo para evitar que nuestros hombres de ciencia estudiaran esa bestia... ¡Qué imbécil he sido! Porque pensé; no hace mucho, en llevar a la babosa a un laboratorio de científicos. Estaba casi seguro de descubrir algo interesante... ¡y poder demostrarlo!

—Sí. Ha sido una lástima.

—Menos mal que tengo una noticia sensacional. Aunque ahora ya no podemos utilizarla como antes.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que hemos encontrado a la señorita Smilan.

—¿Es posible?

—Sí, En el fondo, ha sido una verdadera suerte, una casualidad.

—¿Quién la ha encontrado?

—Uno de nuestros agentes. Está en Boverly Street. Dice que vino a ver a unos amigos suyos. Ya comprenderás que he hecho acordar la casa, con fuerzas de la policía.

—¿Va a utilizarla como cebo?

—No. Además, una vez muerta Thula, ¿para qué?

—Tiene usted razón.

—El problema empieza a ser un poco claro. Yo creo que los asesinatos, con la muerte de la babosa, han terminado.

—Yo también. Y después de la noticia que usted acaba de darme, quiero sacar mis triunfos —sonrió—. ¡No todo iban a ser fracasos!

—¿Hay algo interesante?

—Sí. Ya conozco al culpable de todo.

—¿Eh? —se asombró Donald.

—Sí. La historia, que mañana oírás de labios de Sonia, es la siguiente: Martin Kleber, su padre, era un jugador de bolsa. Lo hacía con el entusiasmo de un vicio y con bastante suerte. Pero un grupo financiero, mandado por un joven banquero, James Cowler, lo arruinó casi, destrozándole todas sus ilusiones. Kleber, con lo que le quedaba, compró un rancho, pero se prometió vengarse, aunque tardase mucho tiempo en hacerlo.

—Comprendo.

—Al regresar a la Tierra, con el Circo Espacial, hizo que Sonia, que conocía sus proyectos, le ayudase. Y fueron atrayendo a las víctimas al circo, llevándolas a la jaula de Thula y haciendo que la babosa los devorase vivos.

—Sigue.

—Buscaron a la vieja, a la señorita Smilan, pero no la encontraron. Cometieron entonces algunos crímenes más para despistarnos y hacernos olvidar la lista de nombres que encontramos en la casa de Cowler. Después, considerándose satisfechos, mataron a Thula, de forma que no pudiesen estudiar el cuerpo de esa bestia.

—¿Cómo has sabido todo eso?

—Por Sonia. Fui a verla y logré provocar en ella un verdadero ataque histérico. Se puso a llorar y me explicó todo.

—¡Es formidable!

—La he convencido para que mañana venga a declarar. Sólo que he tenido que prometerle que la dejará ir. Desea hablar con su padre, convencerle para que se entregue. Al mismo tiempo, espera que su confesión voluntaria atenúe un poco el castigo, durante el juicio.

—Haremos lo que podamos, aunque hay muchos muertos de por medio.

—Lo comprendo.

Donald sonrió.

—¡Has hecho una excelente labor, Jimmy! Ya sabía yo que acabarías encontrando algunas de las soluciones; pero, francamente, nunca creí que me sirvieses la solución final en un platillo.

—Ha sido la suerte, señor.

—No seas modesto. Esperaremos a la señorita Kleber y tomaré declaración con magnetofón. Me alegro de que este asunto se haya solucionado del todo. Mañana, si tienes un rato, acércate a ver a la señorita Smilan.

—¿Quiere que la interrogue?

—Sí. Deseo que confirme la historia de Sonia. Con tu carta de la SIP te dejarán entrar. ¡Hay un batallón de policías por aquellos contornos!

—¿Qué calle me dijo?

—Voy a anotártelo. Déjame tu pluma, por favor... la mía no ha aparecido.

El otro obedeció y Donald escribió la dirección de la señorita Smilan.

Luego dijo:

—Ve a verla, en cuanto puedas, y aclara ese punto final.

—Así lo haré. Adiós.

—Adiós y enhorabuena. Has hecho una excelente labor, Stone.

—Gracias.

* * *

Se estaba dando la representación.

Como de costumbre y porque todos los empleados se encontraban en los alrededores de la pista, los pasillos existentes entre los carromatos, las jaulas y las diversas instalaciones, estaban completamente vacíos, desiertos bajo la indecisa luz de las lámparas que, de tiempo en tiempo, iluminaban aquella zona de penumbra.

El hombre que acababa de saltar la alambreira que limitaba el emplazamiento del circo debía conocer perfectamente la instalación, ya que avanzó con seguridad y silenciosamente, sin dudar un solo instante del camino que seguía.

Se detuvo un momento junto al carro azul de Sonia. El vehículo estaba completamente a oscuras, ya que la muchacha, aunque no intervenía en el espectáculo, estaba junto a su padre, en los micrófonos, anunciando los números.

El hombre atravesó la zona de los carromatos, acercándose al espacio destinado a las jaulas de las bestias del espacio. Aquel lugar estaba un poco más iluminado y le permitió ver las que estaban ocupadas.

Al observarlas más de cerca, el hombre comprendió que no hacía mucho tiempo que el espectáculo había comenzado, ya que solamente «Focus», el humanoide pirógeno de Mercurio y «Milcaras», el caracterizador de Saturno, faltaban.

Todos los demás estaban allí, esperando su turno.

Una sonrisa de triunfo apareció en los labios del hombre a medida que iba avanzando a lo largo de las jaulas.

Había sacado un largo cuchillo, que mantenía fuertemente cogido entre los dedos y fue moviéndose, como una sombra,

pasando delante de las jaulas y echando una rápida mirada a su interior.

Así vio a Elena, la ventosa gigante de Venus, Októn, el curioso marciano con visión de rayos X, Trak, el fantástico reductor, Glazón, el humanoide helado de Plutón...

Y «Duende».

Se detuvo allí, ante la jaula del misterioso telépata de Urano, una especie de mico que le miró con sus ojos rojizos, empezando a gritar casi inmediatamente.

Rápido como una exhalación, el hombrecillo pulsó el botón que abría la ventanilla basculante por la que se alimentaba a «Duende». Éste era vegetariano y no había temor alguno a meter el brazo por aquel orificio, como hizo el hombre.

El brazo se flexionó, lanzando después el largo cuchillo que, con una precisión automática, se clavó entre las cejas del simio, que cayó brutalmente, herido de muerte y cesando en sus roncós gemidos.

El hombre le contempló, en silencio.

Luego, después de cerrar la ventana de cristal, retrocedió, dirigiéndose hacia la salida del pasillo iluminado. El resto del camino lo recorrió de la misma manera que lo había hecho para llegar. Después de saltar nuevamente la alambrada, desapareció en las sombras de la noche.

* * *

Cuando los empleados del circo fueron en busca del simio telépata, al llegarle el turno de actuar, se quedaron horrorizados al verlo muerto, en medio de un gran charco de sangre.

Minutos más tarde, una vez prevenido, el cazador estaba allí, delante de la jaula, con el entrecejo fruncido y una palidez mortal en el rostro.

Tuvo aún la presencia de ánimo de presentar los otros números, sin decir nada, justificando hábilmente la falta del número de «Duende». Pero después de la representación, cuando se reunió con Tom en el carromato:

—¡No me lo explico! —exclamó.

—Es un golpe muy fuerte.

—¿No habrá sido «él»?

—No. Sigue inconsciente.

—¿Entonces?

—¡No lo sé! ¡No me preguntes nada! ¡Me pones nervioso!

Hubo una pausa.

Tom no se atrevía a decir nada y esperó que el otro lo hiciese.

Así ocurrió.

—Lo que hay que hacer —dijo el cazador— es obrar velozmente. Tenemos que acabar este asunto como sea.

—No veo ninguna dificultad.

—¡Tú no ves nunca nada! ¿Es que no te das cuenta de lo que la muerte de «Duende» puede significar?

—Sí, pero no tendrán tiempo de hacer nada más. Los acontecimientos van a precipitarse y no conseguirán nada.

—Menos mal que seguimos teniendo las mejores cartas en nuestra mano; pero, de todos modos, la muerte de ese animal significa que no son tan tontos como imaginábamos.

—De poco les servirá la listeza.

El otro asintió, con la cabeza.

—Tienes razón, Tom... Saldremos victoriosos. Estamos muy cerca del final. Y ya tengo ganas de haber terminado. Luego, con un poco de suerte, todo cambiará.

* * *

Donald detuvo el magnetofón, recogiendo el micrófono de las manos de Sonia.

—Perfectamente, señorita Kleber.

—Ya comprenderá usted que todo eso es horrible.

—Sí. Haremos cuanto podamos por mitigar la pena; aunque, después de lo ocurrido...

Ella empezó a llorar.

—Yo quise disuadir a mi padre, diciéndole que habíamos conseguido todo y que no debía vengarse de esa gente que, después de todo, se había olvidado de nosotros, como nosotros debíamos habernos olvidado de ello.

—No la escuchó, ¿verdad?

—No. Estaba furioso y deseaba hacerles pagar lo que le habían hecho cuando estábamos aún en la Tierra. De nada sirvieron mis ruegos y mis lágrimas.

—Lo comprendo.

—Ahora, señor Callowan, lo que deseo es poder prepararle un poco. Sé que le convenceré y que se presentará a las autoridades. — Tenía los ojos arrasados de lágrimas—. ¡Si pudiese prometerme que no iban a matarle!

Callowan frunció el entrecejo.

—No sabe usted, señorita, cuánto me gustarla prometérselo. Pero yo no formo parte del tribunal que le juzgará. De todos modos y dado el caso de que Thula ha intervenido, podríamos hacer algo... como, por ejemplo, echar mano a la inestabilidad mental.

—¿Podríamos hacerlo...?

Donald se conmovió, muy a pesar suyo, de la expresión de loca esperanza que acababa de aparecer en el hermoso rostro de la muchacha.

Asintió:

—Haremos lo posible, señorita Kleber.

—Mi situación no me importa, señor. Pero piense que mi padre ha padecido mucho, luchando mucho por esos planetas... Además, la muerte de mi madre...

—Fue un accidente, ¿verdad?

—Sí. Elena, la ventosa gigante, la devoró.

—Espantoso.

—Desde entonces, mi padre dejó de ser el mismo. Antes estaba lleno de jovialidad, reía siempre y era amable con todo el mundo. Pero desde la muerte de mamá, cambió por completo.

—Es comprensible.

Ella se puso en pie, muy pálida, pero con aquella dignidad que siempre había tenido.

«Parece una reina» —pensó Donald.

Al quedarse solo, momentos más tarde, cogió la pluma y se puso a hacer dibujos sobre el papel que tenía sobre la mesa. Eran líneas curvas, espirales que envolvían una forma vaga. Luego, al terminar, escribió, con gruesas mayúsculas, en la parte baja del dibujo, una sola palabra:

«THULA».

* * *

Jimmy tomó un hamburguesa en un bar, en la parte baja de

Manhattan, antes de dirigirse a la dirección que Callowan le había dado.

Cruzó la Batterie y penetró en la calle del mismo nombre. No hizo más que entrar en ella cuando se dio cuenta del grupo de policías que había ante una de las puertas.

«Es allí» —se dijo.

Avanzó.

Estaba anocheciendo y una bruma pegajosa, procedente del río, lo empapaba todo. Los impermeables de los agentes brillaban, como el asfalto, reflejando las luces de los letreros fluorescentes de las fachadas vecinas.

Al verle acercarse, un sargento salió a su encuentro.

—No se puede pasar por aquí, señor.

Jimmy sonrió, mostrando su documentación al policía. Éste, al recibir la cartera, encendió una linterna y leyó atentamente el contenido de la carta de identidad de la SIP.

Después sonrió.

—Perfectamente, señor. Puede pasar.

—¿En qué piso está la señorita Smilan?

—En el primero. Primera puerta.

—¿Sola?

—Sí. Hay algunos de mis hombres en la azotea y en el piso superior. Pero la orden que tenemos es de dejarla sola.

—Bien, muchas gracias.

—A sus órdenes, señor.

Jimmy atravesó el cordón de la policía, penetrando en el portal, regularmente iluminado. La escalera estaba por el mismo estilo y el joven subió por ella, silenciosamente.

Llamó a la puerta, una vez en el primer piso.

Unos débiles pasos se oyeron al otro lado y poco después se abrió la puerta, dejando ver a una mujer de cierta edad, pero primorosamente arreglada y bastante alta y erguida, a pesar de sus años.

—¿Qué desea? —inquirió con voz dulce.

—¿Señorita Smilan?

—Sí.

—Soy el agente Stone.

Ella sonrió, amablemente.

—Le esperaba, señor. El señor Callowan me previno de su llegada.

Y haciéndose a un lado preguntó:

—¿Quiere usted pasar?

Jimmy penetró en el cuarto, dejando que ella cerrase la puerta y le precediese hasta un saloncito donde le señaló un sillón viejo y remendado.

—Estoy de paso —dijo ella— y tendrá que perdonarme.

—No tiene importancia. ¿Puedo fumar?

—Sí.

Él encendió un cigarrillo mientras ella, servicial, preparaba una bebida que ofrecerle.

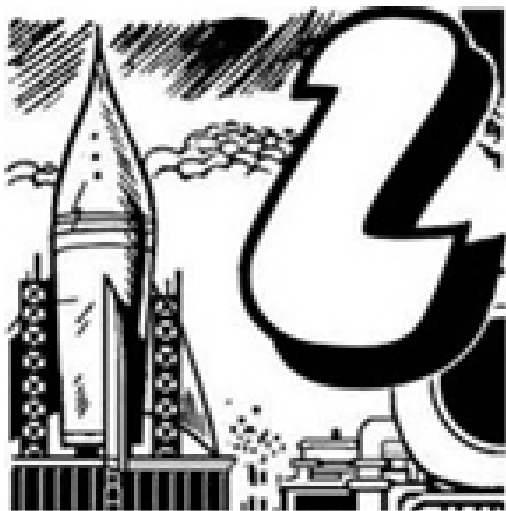
Sólo el tintineo de las pinzas de hielo, al chocar con el vaso, rompía el silencio que pesaba sobre la estancia.

La mujer daba la espalda al hombre.

Por eso, mientras preparaba la bebida, no pudo ver el largo estilete que él sacaba del bolsillo interior. Tampoco pudo ver cómo se acercaba a ella, silenciosamente, levantando el brazo poco a poco, para asestar un golpe definitivo.

Entonces, cuando el brazo había descrito ya la mitad de su fatal trayectoria, elevándose para caer, un disparo desgarró el silencio. Y Jimmy, con la cabeza destrozada, se desplomó, al mismo tiempo que la mujer lanzaba un alarido y que la puerta se abría, una puerta situada a la izquierda del saloncito, dejando paso a Callowan, cuya pistola humeaba aún.

CAPÍTULO X



OS tres coches, todos ellos de la policía de la ciudad, se detuvieron, después de penetrar en el interior del recinto del Circo Espacial, junto al carromato del director.

Desde el suyo, el domador y el cazador, asomados a una de las ventanas y disimulados detrás de los visillos, sonrieron.

—Vienen a detenerlos.

—Sí; pero ¿por qué no habrá regresado?

—No lo sé. Es posible que se encuentre entre ellos.

—Tienes razón. Callowan puede necesitar.

Vieron al jefe de la SIP salir de uno de los coches y penetrar en el carromato de Kleber. Momentos después, el director salía, con la cabeza baja, siendo conducido a uno de los coches.

—¡Ya está!

—¡El circo es nuestro!

—Calla. Vienen hacia aquí.

En efecto, Callowan, junto a sus hombres, se encaminaba hacia el carretón de los dos.

—Vendrán a decirnos lo que ha pasado.

—Con toda seguridad.

Volvieron al salón de la parte delantera, justo con el tiempo de abrir la puerta a la que Donald acababa de llamar.

—Pasen, por favor.

Entraron los hombres de la SIP y tomaron asiento en el saloncito. Casi inmediatamente, Callowan explicó lo ocurrido, preguntando a los dos hombres si habían sospechado algo antes.

—No —repuso Cunnigan—, aunque Kleber nos pareció siempre un hombre raro.

—¿No les habló nunca de nada relacionado con este asunto?

—Nunca.

Tom parecía nervioso.

—¿Le ocurrirá algo a Sonia? —inquirió con angustia.

—No lo sé, amigo mío —repuso Donald—. Todo depende de la actitud del tribunal. Después de todo, es tan culpable como su padre.

—¡Eso no es verdad! Ella debía obedecerle a la fuerza.

Callowan sonrió.

—Está usted enamorado de ella, ¿verdad?

—Sí.

—Puede que se consiga dejarla en libertad bajo fianza, pero costará muchísimo dinero.

—¡Pagaré lo que me pidan!

—Bien, por el momento he venido a rogarles que nos acompañen.

—¿Nosotros?

—Sí. Sus declaraciones van a ser de la mayor importancia para el asunto.

—Comprendo —dijo el cazador—. Estamos a su disposición.

—Muchas gracias. ¿Vamos?

Se levantaron y salieron del carromato.

Callowan les hizo subir en otro de los coches, quedándose junto al suyo. Cuando los otros dos vehículos, el que llevaba a Kleber y el que llevaba a los otros se alejaron, Callowan, solo, volvió al carromato del cazador, penetrando en el interior.

Lo atravesó hasta llegar a la última estancia.

Allí estaba Stone.

Su respiración demostraba que se encontraba bajo los efectos de una fuerte droga. Callowan, con una sonrisa en los labios, lo cogió en sus poderosos brazos, sacándolo de allí y llevándolo hasta su propio coche.

Luego dio orden de partir.

* * *

La señorita Smilan bebía una taza de té. Sonia tenía también una entre las manos y Martin Kleber, su padre, sostenía en la derecha un vaso de *whisky* que temblaba un tanto.

Callowan encendió un habano.

—No estamos aún todos —dijo sonriendo—; pero, no obstante, podemos empezar.

Y mirando al director del circo espacial preguntó:

—¿Usted nunca sospechó nada?

—No.

—Es curioso. Yo, sin embargo, cuando asistí a la primera representación de su circo, me di cuenta de que había un gran parecido entre el domador y el cazador.

—Pero de eso a que fuesen padre e hijo...

—Pues lo son. Fred Cunnigan fue siempre un hombre amargado. Puede decirse que mató a su esposa a disgustos y ella murió, poco después de poner a Tom en el mundo. Naturalmente —agregó—. Tom se llama Cunnigan como su padre. Éste le cambió el nombre porque no deseaba que ustedes supiesen nada de su vida. Además, para sus propósitos, le interesaba aparecer ante los ojos de usted como un hombre bueno, capaz de prohiar a un pobre huérfano.

»Pero lo importante es la historia anterior, lo que hizo que Cunnigan albergase un odio tremendo en su alma, un odio que iba a conducirlo a todo lo que ha hecho...

Hizo una pausa, tiró del habano y después de echar el humo hacia el techo dijo:

—Fred fue siempre un hombre de circo. Tenía uno, pero no ganaba mucho dinero, ya que se trataba de un espectáculo pobre, sin importancia, ridículo casi. Las cosas iban mal, muy mal y Fred tuvo que buscar una manera de evitar la ruina.

—¿La encontró?

—Sí. Sabía que al público le gustan los números fuertes. Él no tenía dinero para contratar artistas de categoría. Por eso pensó en los animales.

Kleber se extrañó.

—¿En los animales?

—Sí. Costaban mucho menos que un artista bueno y eran capaces de sufrir sin quejarse. Fred montó en su circo una serie de programas con luchas de animales salvajes. Compraba fieras a los otros circos: fieras viejas y que ya no llamaban la atención.

—¿Y los hacía luchar?

—Sí. Le sobraba imaginación para montar escenarios. Ideó toda clase de peleas, sangrientas, horribles, pero que el público coreaba con gritos aún más salvajes que los de los luchadores. La suerte empezó a ponerse de su lado y su caja fuerte se empezó a llenar en serio.

»Pero Fred ignoraba, o aparentaba ignorar, la existencia de una poderosa Sociedad Protectora de Animales. Los miembros de esta sociedad estaban ya informados de todo lo que hacía Cunnigan. Almacenaban pruebas, habían obtenido fotografías y esperaban el momento de atacar.

»Y el momento llegó.

»Para mala suerte de Fred, coincidió que su espectáculo sanguinario se hizo en Atlanta, al mismo tiempo que había un congreso de la Sociedad Protectora de Animales.

»Aquello le fue fatal.

»La Sociedad logró hacer que lo detuviesen y fuera juzgado. Las pruebas eran tan evidentes, que Fred lo perdió todo: el circo, el dinero con los abogados. Y, además, sus enemigos lograron encerrarle cerca de un año.

»Aquello no podía olvidarlo.

»Toda su vida, aunque pasasen cien años, recordaría los rostros y los nombres de los que fueron a declarar contra él. Y juró vengarse de ellos, aunque le tomase el resto de sus días.

—Ahora comprendo.

—A usted le convenció para partir al espacio y hacerse ricos. Estaba decidido a serlo e iba madurando su venganza, a lo largo de todo el tiempo que estuvo lejos de la Tierra. Su hijo sabía toda la

verdad y le obedecía ciegamente.

»Al regresar a la Tierra, con el Circo Espacial, creyó llegado el momento de vengarse. No olviden que fue él quien vino a Nueva York, tres meses antes que ustedes, para arreglar lo de la instalación. Aquello, en realidad, no le ocupó más de unos días. Lo que venía a hacer era descubrir el paradero de los que un día le arruinaron y condenaron.

»Logró las direcciones de todos, excepto la de la señorita Smilan, que es la que nos ha contado esta primera parte. Los otros, para su desgracia, no habían cambiado de domicilio en estos últimos diez años.

»Fred recordaba perfectamente sus nombres y sus direcciones, puesto que los abogados debieron preguntárselas durante el proceso. Encontró a cuatro y debió sonreír, saboreando por anticipado su venganza.

»En realidad, ya la había preparado con tiempo.

»Desde que descubrió la curiosa manera de comer que tenía Thula, pensó que era esa bestia espacial la que podía justificar todas las muertes, presentándolas como hechos horribles, dándoles esa presencia de esqueletos que volvería locos a los policías.

»Pero no era Thula la culpable.

—¿A quién utilizaba? —Inquirió Sonia.

—A «Milcaras», el humanoide de Saturno. Ya sabía Fred que aquel ser, inteligente como un hombre, pero sin corazón ni alma, podía servirle, gracias a su propiedad de transformación completa. Le educó, le adiestró, ayudado por su hijo. Y lo lanzó a Nueva York, enviándole a casa de Cowler.

—¿Cómo? ¿Salió del circo?

—Muy sencillamente. «Milcaras» salió convertido en un espectador más, pasando entre los policías sin que éstos pudiesen darse cuenta del fraude. Aquella noche no se mató a Cowler, ya que su muerte estaba fijada para el día siguiente.

—¿Por qué?

—Porque Fred, muy listo, hizo que «Milcaras» hablase con el banquero, sonsacándole su deseo de burlar al fisco. Así, engañando a Cowler, logró que éste llevase los lingotes de oro a su caja fuerte. No hay que olvidar que Fred, además de querer vengarse, deseaba recobrar todo lo que había perdido. Y la credulidad de Cowler iba a

proporcionarle más de lo que deseaba.

—He oído decir que la caja estaba cerrada.

—Sí. Y esto ha sido lo más difícil de explicar. Cuando lo hemos sabido, nos hemos dado cuenta de la habilidad de Fred. Éste, sabiendo que «Milcaras» no podía obrar solo, se valió de una treta hábil para hacer salir a Októn y Trak del circo.

—¿Eh? ¿Cómo diablos lo logró?

—De una manera muy hábil. Acababa de recibirse una remesa de cerdos para Thula y la devolvió, quejoso de que eran animales que no estaban en buenas condiciones. Debajo de los cerdos iban Októn y Trak, que volvieron, al día siguiente, de la misma manera. Fred había quitado dos animales, de manera a que las básculas de la policía no notasen diferencia de peso.

»Októn, gracias a su visión de rayos X, descubrió la combinación de la caja. Y, una vez abierta, Trak redujo el oro a un tamaño tan minúsculo que “Milcaras”, doblando la personalidad del banquero, lo sacó, en varias veces, sin que el ayuda de cámara le viese con ningún paquete.

»Al volver, aquella noche, a casa del banquero, que no se había dado cuenta de nada, “Milcaras” tomó, en pequeño, la personalidad de Thula, devorando al pobre Cowler.

—¡Pero si «Milcaras» era vegetariano!

—Ya lo sé. No obstante, cuando se transformaba, lo hacía de una manera completa, no imitando solamente la forma, sino adquiriendo la fisiología del «doblado». Aunque al hacerlo de Thula, cometió un error.

—¿Por qué?

—Porque, sencillamente, Thula era incapaz de devorar carne humana.

—¿Eh?

—Ahora lo explicaré. Los demás asesinatos se hicieron de la misma manera. «Milcaras» iba a la casa de la víctima, las ejecutaba y dejaba su esqueleto. Así acabó con Cowler, Murphy, Colper y Arston.

»Y hubiese terminado con la señorita Smilan de no ser por Lam Curtis.

»Lam estaba, como ustedes saben, camuflado en el circo. Un día, después de haber sido descubierto, sorprendió a la señorita Kleber

saliendo del sitio donde estaba Thula, gritando desesperadamente por haber empujado a Lewis, el negro compañero de Lam... al interior de la jaula.

—¿Mi hija hizo eso?

—No. Era «Milcaras», pero Lam cayó en la trampa, que estaba destinada a aumentar las sospechas nuestras hacia su hija. Por suerte, Lam pudo ver que el negro, después de haber sido rodeado por los tentáculos de Thula, salía indemne de aquella prueba, sólo con el susto consiguiente. Aquello demostraba que Thula no devoraba hombres y que, por ende, no era culpable de ninguno de los asesinatos que se le imputaban.

»Lam lo comprendió y con el negro fue a hablar a su hija. Decidió hacerlo y poner las cosas claras. Sonia comprendió lo que se quería de ella y ocultó a los dos hombres, haciéndoles salir con el gentío, llegada la noche. Pero antes hizo algo verdaderamente formidable.

»Jugándose el todo por el todo, su hija, señor Kleber, sacó a “Duende” de la jaula y le hizo trabajar de tal forma que, obteniendo la máxima eficacia de sus poderes telepáticos, consiguió la dirección de la señorita Smilan. Lo hizo, dirigiendo la mente del simio hacia las personas amenazadas que no habían caído aún.

»Con la dirección de la señorita Smilan, Lam salió del circo, con el negro, ideando un plan formidable. Raptó a la señorita Smilan, trayéndola a Nueva York.

La vieja sonrió.

—Me engañaron muy bien —dijo.

—Como lo hubiesen hecho los otros. Entonces, Lam me comunicó lo que había hecho.

—¿Y después?

Ahora fue Callowan quien sonrió.

—Después —dijo—, quedaba lo más importante. Preparar la trampa. Por eso envié a Stone, seguro de que iban a utilizarlo. Sonia me había dicho que «Duende» pasaba el tiempo en el carromato de Fred, prueba evidente de que estaban utilizando al simio telépata para conocer nuestros planes. Stone cayó en la trampa, pero yo ya había previsto lo que iba a ocurrir. Y por eso preparé el truco de la pluma estilográfica.

—¿Qué truco?

—Pedí a Jimmy su pluma y la guardé. Cuando regresó, al día siguiente, volví a pedírsela y me la dio otra vez, no diciéndome nada de la que le había pedido el día anterior. Era evidente que Fred le había puesto una en el bolsillo del traje de «Milcaras», ya que no era otro el que se presentó en el hotel suplantando a Jimmy.

»Al día siguiente recibí la visita de Sonia; es decir, de “Milcaras” convertido en Sonia, quien me confesó la culpabilidad de su padre. Yo tomé declaración con un magnetófono y la dejé ir.

»Ya no podían engañarme.

»Ahora, después de que los culpables han confesado, todo queda aclarado y el informe pasará inmediatamente al fiscal.

—Yo también voy a hacer algo —dijo Kleber.

—¿Qué, papá?

El hombre miró a su hija.

—Voy a matar a todos los animales. Ya ves que son peligrosos, muy peligrosos, si se utilizan para el mal.

—Es una buena idea, señor Kleber —dijo Donald—. Sobre todo cuando sepa que Elena fue...

—Ya lo sé.

—No. Sólo sabe que esa ventosa mató a su mujer, pero ignora que Fred fue quien la empujó.

—¿Es posible?

—Sí. Cunnigan estaba enamorado de su esposa y deseaba ganar su amor. Ella se negó rotundamente y eso fue lo que le costó la vida.

—¡Es espantoso!

—¡Pobre mamá!

Fue en aquel momento cuando sonó el teléfono.

Callowan descolgó el aparato y después de escuchar miró a la muchacha.

—Hay alguien que dice la espera fuera, señorita Kleber.

Ella sonrió.

—Voy ahora mismo.

—Sí, vaya. Su padre y yo vamos a ultimar los detalles de la destrucción de las bestias del espacio. El oro que robó Fred ha sido encontrado y como Cowler no tiene herederos, voy a obtener que se le entregue como indemnización.

EPÍLOGO



ALLOWAN detuvo el poderoso vehículo a la entrada de la granja. Encendió los faros y el mecanismo automático de la verja se abrió. Siguió entonces por el camino que iba hacia la casa.

Una negra se asomó al oír llegar el coche.

—¿Qué desea?

—¿Están los señores?

—Sólo el señor Kleber.

—¿Y los otros?

—El señor Lam y su esposa están al fondo, junto a los establos nuevos. ¿Quiere que los llame?

—No. Iré yo mismo.

Y puso el coche en marcha, haciendo un gesto amistoso a Minie.

Al acercarse a los establos, detuvo el vehículo, descendiendo y entrando, en las instalaciones recientes, donde todavía no había ningún animal.

Todo era nuevo y flamante.

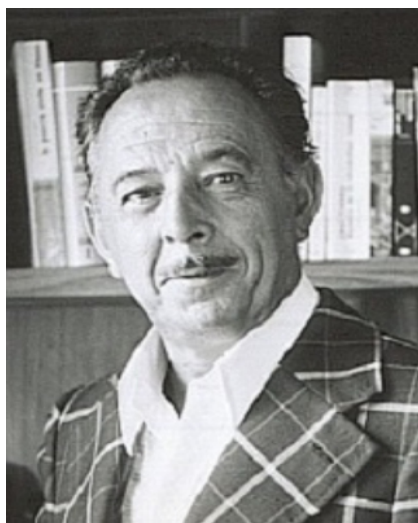
Avanzó por el pasillo profusamente iluminado. Y, de repente, una luz, procedente de uno de los «box», reflejó sobre el suelo dos siluetas: una de mujer y otra de hombre.

Las siluetas estaban juntas y Callowan vio que sus caras se acercaban más y más, hasta que se unieron en un beso prolongado.

Sonriendo, Donald dio media vuelta, dispuesto a esperar en la puerta.

Después de todo, tenía mucho tiempo. Y nadie, tan hermoso como Sonia, le esperaba a él, eterno soltero, enamorado solamente de aquella singladura que hacía temblar a los criminales de todo el universo: la Spacial International Police.





ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más

conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones... y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H. S. Thels, W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons... El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.

Notas

[1]

S. I. P.

Iniciales de Spacial International Police (Policía Internacional del Espacio). < <